

MARCOS KAPLAN

LA INVESTIGACIÓN
LATINOAMERICANA
EN CIENCIAS SOCIALES



JORNADAS 74

308.
J88
no.74
ej.4

CONSEJO LATINOAMERICANO
DE CIENCIAS SOCIALES
DEL COLEGIO DE MÉXICO

308/J88/no.74/ej.4 260292

Kaplan,

AUTOR

La investigación ...

TITULO

308/J88/no.74/ej.4

260292

Kaplan,

La investigación ...



icg

JORNADAS 74

EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

308
188
no 74

MARCOS KAPLAN

LA INVESTIGACIÓN
LATINOAMERICANA
EN CIENCIAS SOCIALES

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/no.74/ej.4



3 905 0014072 S



JORNADAS 74

CONSEJO LATINOAMERICANO
DE CIENCIAS SOCIALES
Y EL COLEGIO DE MÉXICO

308
J 88
no. 74
ej. 4

260292

Primera edición, 1973

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/
Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.*



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Derechos reservados conforme a la ley

© 1973, EL COLEGIO DE MÉXICO
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Í N D I C E

I. <i>Introducción</i>	1
II. El marco general: determinantes y condicionantes	5
III. Naturaleza y situación	23
IV. Los aspectos institucionales	33
V. Reacciones ante la crisis: elementos para una tipología	53
VI. Balance y perspectivas	71

I. INTRODUCCIÓN

DURANTE las dos últimas décadas, la investigación en ciencias sociales ha ido presentando en los países latinoamericanos una situación cada vez más ambigua y conflictiva. Al finalizar la segunda Guerra Mundial, sobreviene una fase de emergencia y afirmación de las ciencias sociales *Stricto Sensu* en la vida académica, cultural, social y política. Se realizan rápidos progresos en la formación y multiplicación de especialistas y grupos de trabajo, en su organización e institucionalización relativa, en la elaboración de esquemas teóricos, en el diseño y ejecución de investigaciones, en la producción de conocimientos y en la formación de diagnósticos.

Desde mediados de la década de 1960, el impulso originario aparece cada vez más amenazado. A la tardía emergencia y al precario florecimiento sucede la rápida entrada en una situación de inestabilidad, vulnerabilidad y crisis que amenaza volverse crónica y hasta el momento no parece ofrecer salida en un plazo razonable. Las dificultades, los obstáculos y los fracasos se multiplican. El optimismo relativo es reemplazado por la inquietud, el pesimismo, la apatía, diferentes modos de abdicación y evasión. Enfrentados a una situación que parece difícil diagnosticar y casi imposible superar, los científicos sociales vacilan, se interrogan, marchan y contramarchan, buscan a tientas.

No es ocioso entonces plantear y discutir la situación de los centros de investigación en ciencias sociales existentes y operantes en la región. Este trabajo no pretende aportar otra cosa que una base posible de debate. No aspira a ser una formulación teórica rigurosa, ni una investigación empírica exhaustiva. No intenta cubrir el campo total ni tratar en detalle todos los problemas implicados. Busca sobre todo ubicar algunas cuestiones centrales, formular hipótesis, contribuir a la discusión y a la elaboración colectivas. El enfoque y el modo de tratamiento adoptados privilegian de manera quizás desequilibrada algunos aspectos en desmedro de otros, en función de lo que se considera más significativo y urgente, y también de la inescapable subjetividad del que escribe. De allí la necesidad de simplificar, esquematizar, caricaturizar a veces, a riesgo de descuidar problemas importantes y de cometer injusticias.

Parte del proceso y del problema, a la vez víctima y responsable, mi crítica también implica expresamente una autocrítica. Es producto de una reflexión angustiada en la búsqueda de un replanteo, de salidas reales y soluciones operativas. Oscila así entre el ser y el deber ser, entre lo actual y lo posible.

Como punto de partida, parece indispensable interrogarse sobre las causas, la naturaleza, los caracteres y la consecuencia de la crisis que viven las ciencias sociales de la región. Ello a su vez presupone y exige formular e intentar la respuesta respecto de algunos interrogantes: ¿Qué y quiénes demandaron, suscitaron, apoyaron, utilizaron a las

nuevas ciencias sociales en América Latina? ¿Quiénes se incorporaron a su práctica más o menos profesionalizada? ¿Por qué y para qué? ¿Quiénes las han menospreciado, resistido, rechazado y combatido? ¿Por qué, para qué, de qué maneras?

II. EL MARCO GENERAL: DETERMINANTES Y CONDICIONANTES

LA CREACIÓN de condiciones favorables para el desarrollo de las ciencias sociales y para un incremento en el reclutamiento y en la actividad de quienes asumen su ejercicio, y las modalidades exhibidas por las unas y por los otros, han estado determinadas y condicionadas por los cambios producidos en los países de la región a partir de 1930, en términos de estructuras, procesos y actores fundamentales.

Desde el *punto de vista externo*, deben considerarse las crisis económicas y político-militares de envergadura planetaria, el debilitamiento de factores exógenos tradicionales de crecimiento, los cambios sustanciales en las relaciones de fuerzas en la economía y la política mundiales, el ascenso de los Estados Unidos a la hegemonía en el bloque capitalista y en gran parte del Tercer Mundo. Todo ello perfila para América Latina un nuevo tipo de relación de dependencia, que se caracteriza por la incorporación de la región a la esfera de dominación integral de los Estados Unidos, y por el predominio de las corporaciones multinacionales con base en la potencia hegemónica. Las clases dominantes nacionales ven reducido su poder y su margen de autonomía de decisiones en lo externo y en lo in-

terno. El proceso exige un reajuste en el tipo y los modos de inserción en el nuevo sistema internacional, y determina roces, tensiones y conflictos entre las grandes potencias y los grupos inversores extranjeros, entre unas y otros con las clases dominantes nativas, entre fracciones de éstas, y entre todas ellas y las clases medias y populares.

Desde el *punto de vista interno*, en los marcos de una nueva fase de urbanización e industrialización, de crecimiento y diversificación de la estructura socioeconómica, de modernización en algunas de las principales áreas sociales, surgen y se consolidan nuevos grupos sociales con variable impulso ascensional: clases medias; empresariado industrial; intelectuales, profesionales, técnicos; proletariado de manufacturas y servicios; masas marginales urbanas; campesinado y trabajadores rurales en distintos grados de movilización. Estos grupos presionan por un mayor grado de reconocimiento y de participación en el ingreso, los beneficios sociales, las decisiones y el poder. Las expectativas generales y sectoriales, las necesidades no satisfechas por las organizaciones y mecanismos tradicionales, se multiplican e intensifican. La estructura del poder comienza a modificarse y se esboza el replanteo del esquema básico de los sistemas políticos.

Un aspecto central y decisivo se plantea por el hecho de que el proceso de cambio, la transición de una a otra fase, no son consecuencia de la acción deliberada de una clase, grupo o élite que, con vocación de hegemonía presione dentro de y sobre la sociedad, el sistema de poder y el Estado, para su control y utilización y para el logro de cier-

to tipo de modificaciones tendientes al logro de una nueva configuración societal. Ningún sector sociopolítico en particular promueve deliberadamente los cambios, aprovecha de modo sistemático su aparición, o tiene incluso clara conciencia de los que ocurren y de sus implicaciones inmediatas y futuras. Los cambios se producen primordialmente por efecto de factores accidentales, impersonales, externos a Latinoamérica y a sus centros de decisión; o bien como subproductos de medidas tomadas en favor de los grupos de intereses tradicionalmente dominantes.

La oligarquía ha visto considerablemente debilitada su hegemonía tradicional. Ésta se ha visto erosionada y cuestionada desde diversos ángulos y a distintos niveles por los procesos de modificación de la dependencia externa y de la urbanización, industrialización, terciarización y modernización en las principales áreas de la sociedad, por la diversificación de la estructura social; por la emergencia, las aspiraciones y las demandas de nuevos grupos. La oligarquía pierde parte de su poder político, pero no sus poderes socioeconómicos y cultural-ideológicos. Se muestra, junto con la sociedad tradicional, flexible y permeable para absorber ciertos elementos de cambio y modernización, privando a estos procesos de rapidez, intensidad y profundidad, y logrando así preservar lo esencial de sus intereses propios y del sistema global. Ello ha sido posible sobre todo por una vasta operación sociopolítica, en parte objetiva y en parte deliberada, en virtud de la cual la vieja oligarquía se ha modificado, transformándose en nueva élite oligárquica,

con bases, intereses e instrumentos predominantemente urbanos. Elementos claves de esta operación han sido, por una parte, el entrelazamiento con las corporaciones multinacionales y con la potencia hegemónica; y por la otra, la extensión de la coparticipación y la integración creciente con nuevos sectores ascendentes de la alta clase media, vinculados a la intermediación, a la industrialización, a los servicios y a la tecnoburocracia pública y privada. La nueva élite oligárquica se constituye y funciona como grupo más abierto y heterogéneo; de reclutamiento más amplio, a la vez endógeno y exógeno; con criterios más funcionales y relativamente más despersonalizados de ascenso a las posiciones superiores. Requiere además de un nuevo equilibrio socioeconómico integrador y de un compromiso efectivo en lo político y en lo ideológico que permitan el control y el uso efectivos de las estructuras de poder y del Estado para garantizar la conservación de lo sustancial a través de los cambios permisibles. Por todas estas circunstancias, la nueva élite oligárquica admite o tolera la existencia de capas de intelectuales, ideólogos, científicos y técnicos con aptitud para prestar algunos de los servicios requeridos por su nueva situación y por los intereses y estrategias que la constituyen, expresan y preservan.

En lo que al conglomerado heterogéneo de las *clases medias* respecta, el proceso contemporáneo ha mantenido sus sectores tradicionales (burocracia de viejo tipo, profesiones liberales, comerciantes, artesanos) y al mismo tiempo ha expandido sectores recientes, generados o reforzados por la ur-

banización, la industrialización, la nueva dependencia y el intervencionismo estatal (funcionarios y técnicos de organizaciones y empresas privadas y públicas; intelectuales, científicos y profesionales de especialización inédita, pequeños y medianos industriales). Es conocida la incidencia que la aparición, las demandas y las presiones de estos sectores nuevos han tenido y tienen en el sistema sociopolítico de los países latinoamericanos. Su influencia en el desarrollo de las ciencias sociales será considerada más adelante.

Las *masas populares urbanas* se han ido conformando en un rápido y reciente proceso, como conglomerado heterogéneo que engloba capas diferenciadas y a menudo divergentes en cuanto a estructuras, situaciones, actitudes y tendencias. Su irrupción presiona sobre las estructuras de un sistema en transición, amenaza su cohesión y estabilidad, y comienza a ser canalizada por el Estado, sobre todo a través de experiencias populistas, bonapartistas y desarrollistas, y de un aparato sindical burocratizado. Como presencia amenazante, como potencial económico (producción, consumo) y sociopolítico (demanda de asistencia, oferta de apoyos), las masas populares urbanas se constituyen en problema de interés para la gran empresa nacional y extranjera, para los partidos políticos y los sindicatos, y para el Estado. Constituyen así un elemento directo e indirectamente apto para proporcionar centros de interés, objetos de investigación y fuentes de demanda para las ciencias sociales y sus profesionales. Estas consideraciones son aplicables también al impacto de las transforma-

ciones en la sociedad rural y de las movilizaciones campesinas.

A la capacidad de transformación, adaptación y perduración de la élite oligárquica se agregan las consecuencias del apaciguamiento, de la debilidad y de la falta de estrategia deliberada y de proyecto histórico propio por parte de las clases y grupos que, en teoría o en la realidad, estarían interesados en el desarrollo, la democratización, la modernización y la autonomía externa: empresariado industrial, clases medias intelectuales y técnico-profesionales, trabajadores urbanos y rurales. La fase histórica considerada se ha caracterizado en definitiva por la combinación entre un relativo crecimiento económico —con limitaciones, irregularidades y desniveles de todo tipo— y la situación de nueva dependencia, la tendencia predominante al estancamiento, el aumento de tensiones y conflictos sociales, la fermentación ideológica, la imposibilidad de mantener el juego normal de la institucionalidad política demoliberal, las explosiones recurrentes de autoritarismo y violencia en sus más diversas formas.

La naturaleza espontánea y sorpresiva de los procesos de crecimiento y cambio, su carácter desigual y combinado, se reflejan en las modalidades de la vida política, en los partidos y en el Estado. En efecto, el tipo particular de proceso que ha tenido lugar en la América Latina contemporánea se ha traducido en una peculiar superposición de fuerzas, estructuras y formas correspondientes a etapas históricas diferentes y, por consiguiente, especialmente heterogéneas, contradictorias y conflic-

tivas. Se multiplican las divergencias y los antagonismos; las opciones irreductibles y las alianzas incongruentes; las situaciones de incoherencia, empuje y parálisis. Viejas y nuevas ideologías y organizaciones políticas se enfrentan y combaten, se entrecruzan y entrelazan. La producción y la manipulación de cultura e ideología, de saber científico y técnico, se convierten en necesidad para la auto-afirmación, la competencia y la supervivencia de los partidos políticos y de las clases y grupos que pretenden representar y expresar. *Los partidos, sus dirigentes y militantes*, comienzan a sospechar la posible utilidad política de las ciencias sociales. Al mismo tiempo, el ejercicio profesional de las ciencias sociales adquiere más afinidad, relevancia y conveniencia que otras actividades similares para los miembros de las clases medias particularmente implicados en la vida política.

En el marco de una transición histórica que no llega a desembocar —salvo el caso cubano— en una nueva sociedad, y que mantiene las situaciones altamente conflictivas de crisis de hegemonía y empuje histórico, *el Estado* se ha ido perfilando como el agente capaz de preservar las bases del sistema, y de asegurar estabilidad y crecimiento a un capitalismo dependiente que entra en decadencia antes de madurar, y de dar a la sociedad lo que su funcionamiento espontáneo y la crisis, la debilidad o la frustración de las clases dominantes, empresariales y populares no proporcionan. Ejerce una función esencialmente supletoria respecto a los sectores e intereses privados, a través de políticas compensatorias, anticíclicas y de mero crecimiento. Defien-

de a las clases dominantes tradicionales y nuevas, reforzando y consolidando las premisas de su acumulación y de su poder. Crea y mantiene condiciones favorables a la vigencia de un compromiso sociopolítico entre los distintos componentes del sistema de dominación y entre los pretendientes y detentadores de la hegemonía. Regula y arbitra el ascenso y la incorporación limitada de nuevos grupos al Establecimiento, la competencia y conflicto entre grupos extranjeros y nacionales, y entre estos últimos. Excluye de diversas maneras a las mayorías nacionales de una participación efectiva en las decisiones sobre distribución del ingreso y del poder. Interviene para el reajuste de los respectivos países a las nuevas condiciones internacionales, y regula las relaciones de armonía y conflicto de intereses entre grupos dominantes nacionales y extranjeros.

El creciente intervencionismo del Estado exige: el desarrollo de una nueva técnica gubernativa, más refinada y eficiente; la ampliación del repertorio de instituciones e instrumentos; la formación de nuevos elencos administrativos y profesionales. El Estado y la burocracia pública tienden a convertirse en un conglomerado social diferenciado, con intereses propios y un grado apreciable de independencia respecto de las clases, fracciones y grupos. Su actuación es dual y ambigua. Operan por una parte como expresión del sistema e instrumento de las clases y fracciones hegemónicas y dominantes, y su actuación corresponde en última instancia a sus intereses. Por otra parte, no hay identificación absoluta e incondicional entre el Estado y su burocracia por una parte y una clase

determinada por la otra, ni subordinación mecánica e instrumental del primer término hacia el segundo. El Estado y la burocracia tienden hasta cierto punto a convertirse en centro de decisiones relativamente autónomas. La dinámica de expansión del Estado, de su autoridad, de su aparato y de su ámbito de actividad, y del papel relevante de la alta burocracia pública, se relevan particularmente, con grados y matices variables, en los regímenes populistas, bonapartistas, desarrollistas de pretensión y base pluralistas, y en los diversos tipos de dictaduras militares. El papel y los comportamientos del Estado se constituyen así en centro de demanda para nuevas categorías de intelectuales, incluso y sobre todo los formados y especializados en ciencias sociales, que pasan gradual y limitadamente a integrar los cuadros de una burocracia pública en transformación, o su constelación de instituciones e intereses.

Perfilado el marco general en que se produce y evoluciona la emergencia de las ciencias sociales, es pertinente retomar más específicamente el encuadre y el análisis, con la consideración de lo que ocurre en las *clases medias*.

Definidas ya como conglomerado heterogéneo que entrelaza sectores correspondientes a distintos tipos de fases históricas y de estructuras socioeconómicas, las *clases medias* parecen carecer de las condiciones necesarias para plantearse y ejecutar un papel autónomo y una participación efectiva en un proceso de desarrollo. Ningún sector de ellas logra un pleno control del Estado. Han utilizado su propia presión y la de las masas urbanas y ru-

rales para imponer a las viejas clases dominantes y a la nueva élite oligárquica, sin amenazarlas en serio y mucho menos sin desplazarlas totalmente, un mayor grado de coparticipación en el ingreso y en el poder. No usan su fuerza política acrecentada para ejecutar transformaciones profundas del sistema, al que respetan y contribuyen a consolidar. Sus principales características llegan a ser: la dependencia de las clases superiores nacionales y extranjeras, y del intervencionismo y favoritismo estatales; las limitaciones en la ambición política, en la creación económica y en la renovación cultural; la búsqueda de privilegios individuales y de pequeños grupos; el conservadurismo en opiniones, actitudes y comportamientos; la defensa del *statu quo*; la actuación como masa de apoyo —activo o pasivo— de los regímenes autoritarios.

Por otra parte, la tendencia al estancamiento, a la polarización y a la crisis de las sociedades latinoamericanas, el impacto de las movilizaciones populares, la emergencia de alternativas ideológico-políticas en el mundo y en la región, han contribuido a crear en ciertos sectores de las clases medias una situación de frustración y malestar difuso y actitudes críticas y de cuestionamiento que, en determinadas circunstancias, pueden transformarse en propensión reformista o revolucionaria.

En lo que respecta a la *situación de las ciencias sociales*, es central el hecho de que la expansión cuantitativa, la diversificación estructural y el incremento de la capacitación y de las expectativas de las clases medias, se han dado en grado notablemente superior respecto a las condiciones de desarrollo

limitado y desigual, que restringen las posibilidades de absorción y satisfacción por las principales clases, organizaciones e instituciones sociales y por el Estado. Cerrado o restringido el acceso masivo a la tierra, a la empresa urbana exitosa, al poder socioeconómico y político, la presión ascendente de las clases medias por una mayor participación tiende a privilegiar los canales vinculados a la educación, la cultura, la ciencia y la técnica. Ello convierte ante todo a la Universidad en el centro de sus esperanzas, posibilidades y operaciones relativamente autónomas.

En la Universidad sin embargo se ha ido produciendo una saturación de las profesiones liberales tradicionales, en términos de posiciones y expectativas académicas, de aflujo masivo de alumnos, de perspectivas profesionales. De manera en parte espontánea y en parte deliberada, se ha ido buscando una alternativa en las ciencias sociales, algunas de las cuales ya se habían ido introduciendo y constituyendo en la etapa precedente como diferenciaciones primarias dentro de facultades y disciplinas tradicionales, o como focos larvados de nuevas disciplinas (la economía en la carrera de contador público, la antropología y la sociología en las Facultades de filosofía y letras, la ciencia política en las Facultades de derecho). A partir de estas bases primarias, profesores y estudiantes de clases medias subordinadas pero con aspiraciones de ascenso presionan por la diversificación curricular e institucional. La demanda y la oferta crecientes de nuevas disciplinas y especializaciones por parte de profesores precursores y de estudiantes, su gra-

dual reconocimiento, interactúan en causación circular acumulativa. La oferta y la demanda iniciales atraen masas crecientes de estudiantes que exigen más profesores e investigadores, y llegarán además con el tiempo a serlo también ellos, para posibilitar y demandar más estudiantes que a su vez llegarán a ser profesionales de la docencia y la investigación... El proceso combina desde el principio y mantiene luego dos componentes distintos pero interrelacionados: el impacto de los cambios en la sociedad sobre la Universidad, el proceso auto-expansivo y auto-alimentado de las ciencias sociales dentro de la Universidad. Este tipo de interacciones se reproduce y amplifica al nivel de la sociedad global, a través de una trama compleja de oferta y demanda de nuevas especializaciones que nutren y justifican el desarrollo de las ciencias sociales.

En primer lugar, se ha ido produciendo, en efecto, una demanda en parte efectiva y en parte potencial de ciencias sociales, a partir de la gama de problemas planteados en las sociedades transicionales, muchos de ellos novedosos, acuciantes, social y políticamente impactantes, que suscitan preocupación y reflexión, y exigen mejores teorías, metodologías y técnicas, para la comprensión o la racionalización *a posteriori* de lo ocurrido, para la inteligencia o el diagnóstico de lo que ocurre, para el pronóstico de lo por venir, para el diseño de estrategias, tácticas e instrumentos que permitan operar desde el presente hacia el futuro. En segundo lugar, ofertas y demandas entrelazadas tienen diversos actores (sujetos y/o objetos), entre

los que interesa destacar, además de la propia Universidad, el Estado, los partidos políticos, la gran empresa, los organismos internacionales, las universidades y fundaciones extranjeras. De hecho, tomo como supuesto que todos estos actores reciben como insumo las ofertas de personal e información que comienzan a generar las ciencias sociales académicamente institucionalizadas y lo devuelven como producción hacia aquéllas en forma de apoyos y demandas especiales y condicionales.

En lo que respecta al *Estado*, se han mencionado ya los factores estructurales y dinámicos que han contribuido a convertirlo en centro de demandas y apoyos para las ciencias sociales. Ello se ha dado con particular énfasis en los casos de partidos, gobiernos y experimentos de conservatismo modernizante, de centro-derecha y de centro-izquierda, populistas, bonapartistas, desarrollistas, civiles o militares. A ello se agrega el impacto de la dependencia, manifestado en este caso por la aceptación admirativa de modelos proporcionados por los Estados de las grandes potencias que promueven y utilizan el desarrollo de las ciencias sociales y los servicios de sus profesionales para el logro de objetivos internos e internacionales. Finalmente, ofertas y demandas de ciencias sociales, son asumidas y vehiculizadas, dentro y fuera de la Universidad, por estudiantes y profesores con relativa capacidad para movilizaciones con impacto político que la mayoría de los gobiernos no puede darse el lujo de ignorar o desdeñar.

Se ha mencionado también el interés de adherentes, militantes y dirigentes de *partidos políticos*

por las nuevas ciencias sociales. En mayor o menor grado, muchos de sus adherentes y militantes buscan y encuentran en las ciencias sociales a la vez la corroboración del carácter científico de sus ideologías y políticas; elementos para la fundamentación de sus análisis y programas; una fuente de prestigio y de ocupación más afín a su vocación y a su actividad políticas que las profesiones liberales tradicionales. En la medida que este tipo de científico social politizado (o político científizado) logra acceso legítimo a las instituciones de docencia e investigación, tiende a constituir en ellas focos de proselitismo que lo llevan a ampliar su base académico-política dentro de aquéllas, contribuyendo así a la multiplicación de ofertas y demandas a la consiguiente expansión cuantitativa y cualitativa de las ciencias sociales.

La gran *empresa extranjera* introduce en los países latinoamericanos sus pautas propias de recurso a los servicios profesionales con grado relativamente alto de especialización, sofisticación y eficiencia, que incluyen a ciertas ramas y formas de las ciencias sociales. El efecto-demostración que la gran empresa extranjera produce sobre las empresas nacionales en sentido estricto, refuerza esta fuente de demanda, que ha tenido efectos considerables en el desarrollo de algunas de las ciencias sociales latinoamericanas, especialmente sus ramas y formas de implicación pragmática más directa (economía, administración de empresas, sociología empiricista orientada hacia el *marketing*, etc.) y se ha manifestado en el apoyo empresarial a centros privados de docencia e investigación.

Las *instituciones internacionales* de tipo público, tales como las Naciones Unidas, sus organismos centrales y regionales (UNESCO, OIT, UNICEF, FAO, CEPANAL-ILPES), o el Banco Interamericano de Desarrollo, han cumplido un papel considerable, positivo en muchos aspectos. En su emergencia y organización iniciales han participado científicos sociales de los países desarrollados, que han interactuado con otros de América Latina que tendieron a asumir la búsqueda de nuevas orientaciones teórico-prácticas para sus actividades y para las disciplinas que ejercían. Ello ha dado en muchos casos un carácter precursor y un grado considerable de adelanto y aptitud innovadora a lo que comenzó a realizarse en tales organismos, con creciente proyección sobre los centros de docencia e investigación nacionales de América Latina, en términos de oferta de ocupación, teorías, métodos, técnicas e ideología desarrollista.

El carácter intergubernamental de los organismos internacionales ha permitido reducir las posibilidades de presiones políticas y de discriminaciones ideológicas de tipo directo. Se han convertido así frecuentemente en lugar de refugio y de trabajo para latinoamericanos víctimas de la falta de oportunidades y de las persecuciones en su país de origen. La diversidad de procedencias ha permitido integrar recursos humanos y enfoques procedentes de orígenes nacionales, científicos y políticos muy diversos. Ha contribuido a posibilitar una visión de conjunto de América Latina; la realización de estudios globales; el refinamiento de perspectivas teóricas, de esquemas analíticos y de mé-

todos y técnicas de investigación; la exploración de campos inéditos o poco considerados. El adelanto científico y técnico consiguiente en varias ciencias sociales ha interactuado con una vocación realista y pragmática, aunque limitada por la naturaleza específica de los propios organismos internacionales, el distanciamiento y el desarraigo, de las realidades que se toma como punto de mira, la neutralidad técnica formal que se exige.

La influencia de las *universidades y fundaciones extranjeras*, especialmente las de los Estados Unidos, resulta de la confluencia de dos líneas diversas pero convergentes. Por una parte, el atraso inicial de las ciencias sociales en los países latinoamericanos, la falta de posibilidades de formación, docencia e investigación, la creciente competencia de los nuevos científicos sociales por puestos y recursos siempre escasos, la respetabilidad de lo externo en una cultura alienada, la necesidad de elevar las posibilidades de ocupación y *status*, comienzan a dirigir un número creciente de profesionales y científicos latinoamericanos hacia los centros desarrollados, para iniciar o completar su formación o para buscar allí todo lo que no encuentran en su país de origen.

Por otra parte, las universidades y fundaciones extranjeras han ido desempeñando un papel considerable en la formación en la docencia y en la investigación de las ciencias sociales en América Latina. Esta influencia es atribuible a un complejo de factores: el papel hegemónico de los Estados Unidos y de sus corporaciones internacionales en la región, y sus objetivos técnico-económico, polí-

tico-ideológicos y estratégicos; el nuevo interés por los problemas del subdesarrollo y del desarrollo en el Tercer Mundo y en América Latina, por parte de los centros académicos norteamericanos; la fuerte institucionalización de las ciencias sociales en las universidades y fundaciones de los Estados Unidos; su grado de adelanto relativo de teorías, metodologías, técnicas, su abundancia de recursos disponibles y de capacidad de difusión; el debilitamiento, el atraso y el interés correlativos en los mismos niveles y aspectos por parte de los centros europeos; el aumento de posibilidades de formación, de ocupación, de ingreso y de status que se ofrece a los científicos sociales latinoamericanos.

Esta influencia ha operado a través del entrenamiento de profesionales, docentes e investigadores en los Estados Unidos; de las investigaciones conjuntas realizadas en aquel país y en América Latina; y del financiamiento de centros nacionales y regionales.

Consideradas las fuerzas, estructuras y circunstancias que han contribuido al desarrollo de las ciencias sociales y de los grupos profesionalizados en su ejercicio, debe también tenerse en cuenta que, una vez generados y expandidos, aquéllos tienden naturalmente a ampliar la base y la fuerza propias a partir de las actividades, áreas e instituciones en que se insertan, que operan y controlan. Cabe interrogarse ahora acerca de la naturaleza y de la situación de las disciplinas y de los grupos e individuos que las ejercen.

III. NATURALEZA Y SITUACIÓN

LA NATURALEZA y la situación, las actitudes y las conductas de los científicos sociales latinoamericanos como grupo, parecen estar determinadas y condicionadas por una trama de fuerzas, estructuras y relaciones sociales en que se ubican y encuadran; a buena parte de ellas se ha hecho ya rápida referencia. Estos científicos constituyen un segmento relativamente diferenciado dentro de la capa general de intelectuales. Su reclutamiento parece producirse primordialmente en la pequeña y mediana burguesía urbana, en mucho menor grado en las clases altas y de modo casi insignificante en sectores populares de origen rural y urbano.

Su situación se caracteriza, objetiva y subjetivamente, por una ambivalencia manifestada en el pensamiento y los valores, las actitudes y los comportamientos, las actividades y los resultados.

Por una parte, junto con la perspectiva estrictamente profesionalista, muchos miembros de este grupo incorporan y asumen motivaciones y pautas de rigor técnico-científico y de idealismo político-ideológico, derivadas de la vocación natural, del entrenamiento profesional (dotación de conocimientos, teorías, métodos y técnicas), de la adquisición de convicciones sobre lo que sería inteligente y justo hacer y de valores de racionalidad e innovación; de la tendencia a la visión estructural y

de largo plazo. Estas circunstancias, junto con la propia situación contradictoria como miembros de capas intermedias en situación de inestabilidad y de una sociedad en crisis, le confieren una disponibilidad potencial como agente de cambio.

Por otra parte, la composición, la estructuración, los modos operativos del grupo de científicos sociales reflejan las características de las clases en que se originan, de la sociedad en que surgen y operan, así como la situación general de la ciencia y de la técnica en dicha sociedad. Puede constatar-se ante todo que los científicos sociales carecen de integración y homogeneidad, como grupo y en sus orientaciones, enfoques y modos de operar. Ello parece estar determinado, entre otras cosas, por las diferencias de origen, de formación, de especialización, de orientación teórica y político-ideológica, de trayectoria y de inserción institucional (universidades, organismos académicos privados, entes empresariales, equipos consultores, Estado); por las limitadas posibilidades ocupacionales; por la inseguridad social y la inestabilidad política; por los conflictos de todo tipo que, a raíz de aquellos factores, emergen entre los individuos y equipos implicados en el ejercicio por la docencia y la investigación de las respectivas disciplinas. No llegan a ser un núcleo articulado, constituido en grandes cuerpos o reunidos en torno de instituciones indiscutiblemente prestigiosas. Menos aún se constituyen en grupo eficaz de interés, de presión o de poder. Por debajo y más allá de estos hechos reales y constatables, existe quizás una situación estructural más profundamente determinante a con-

siderar. Para ninguna de las clases fundamentales de la sociedad, ni para ésta en su conjunto, los científicos sociales latinoamericanos —ni en sí mismos, ni como parte del grupo general de los intelectuales—, ha llegado a constituirse, a presentar ni a operar como *capa intelectual orgánica* en el sentido *gramsciano* del concepto. No forman parte de una clase que tenga o pueda asumir la dominación y la hegemonía en la sociedad, ni se relacionan con ella. Ninguna clase fundamental pide a los científicos sociales, ni recibe de ellos, la conciencia y la justificación de sus intereses, de sus funciones y de sus posibilidades; valores culturales, ideológicos y políticos; elementos de homogeneidad y estructuración grupales; estrategias y tácticas, programas y formas organizativas. Ninguna clase fundamental es ayudada por los científicos para una percepción precisa y un manejo adecuado de las coincidencias, las divergencias, los antagonismos y los conflictos con otras clases y grupos; para la elaboración —a partir de intereses y puntos de vista limitados— de una visión del mundo de pretensión universalista que fundamente un modelo dado de sociedad deseable y un proyecto histórico de conservación o de logro de aquélla; para el logro, el dominio y el uso de teorías, métodos, técnicas y conocimientos esenciales para el manejo, el mantenimiento o la transformación del sistema, en sus aspectos y niveles esenciales.

Los científicos sociales latinoamericanos no alcanzan a constituirse en *capa intelectual orgánica*, por una dialéctica en virtud de la cual ni la sociedad global, ni las clases y grupos fundamenta-

les, les piden o les permiten que lleguen a serlo; y porque, en retroacción que da otra vuelta de tuerca, a partir de este vacío aparecen en los propios científicos sociales limitaciones y fallas que reducen, aún más, la posibilidad y la probabilidad de que tal papel sea asumido y ejercido.

El modelo de desarrollo capitalista dependiente, desigual y combinado de los países latinoamericanos, y el tipo de sociedad que de su aplicación emerge, no han requerido jamás la constitución y el progreso de una ciencia y de una técnica autónomas, creativas, generadas y alimentadas por las realidades y demandas nacionales y que tomen a éstas como su motivación y su marco de referencia. Esta constatación históricamente verificable se reafirma en la actual situación de crisis de hegemonía y de empate histórico vigente en la mayoría de los países latinoamericanos, a que ya se hizo referencia. Las exigencias del modelo tradicional modernizado de sociedad y de desarrollo se satisfacen con la importación y la incorporación de los productos finales de la técnica y de las ciencias de los países avanzados, y con la implantación y promoción de disciplinas y actividades científicas y técnicas requeridas como mero complemento o refuerzo en la creación de prerrequisitos para la subsistencia y el buen funcionamiento de aquel modelo y de aquella sociedad. Esto, que ya es exacto en lo relativo a las ciencias y técnicas llamadas exactas y naturales, aparece tanto o más evidente en lo referente a las ciencias sociales.

Para la nueva élite oligárquica (y para las corporaciones multinacionales con las que aquélla se

ha aliado), así como para sus proyectos de conservatismo modernizante, se trata de reforzar y sofisticar las técnicas e instrumentos de dominación y explotación que aseguren la perduración y la operación regular del sistema y de su propia hegemonía. Estos objetivos se logran en gran medida mediante los recursos y resortes tradicionales de política y administración de la violencia y del consenso. Sólo algunas de las ciencias sociales, y en todo caso sólo algunas de sus orientaciones y perspectivas, pueden ser útiles como instrumental suplementario, pero no al punto que el desarrollo y el pleno funcionamiento de ciencias sociales autónomas, críticas y creativas lleguen a ser promovidas, o siquiera medianamente toleradas, por la nueva élite oligárquica, sus dirigentes, sus representantes y agentes y sus instituciones.

En el conglomerado de las clases medias, el empresariado industrial nativo ha demostrado consistentemente su alejamiento del modelo schumpeteriano y su correlativa indiferencia por constituir su propio grupo de intelectuales orgánicos que se aproxime por ejemplo, aunque sea lejanamente, a la imagen y a la función de los iluministas y enciclopedistas franceses del siglo XVIII. En el resto de las clases medias se reclutan precisamente los grupos de intelectuales, profesionales, científicos y técnicos que, carentes a la vez de organicidad y energía propias y de estímulos provenientes de otros sectores de la sociedad, ven frustradas las posibilidades de constituirse en capa intelectual orgánica de su propia clase o de alguna clase fundamental.

El resto de las mayorías nacionales, las *clases populares urbanas y rurales*, inciden indiscutiblemente en la estructura y en la dinámica de las sociedades nacionales, por su número, su peso específico, sus presiones, la amenaza potencialmente disruptiva que representan. Tienen aptitud para crear y alimentar situaciones críticas y para perturbar la vigencia y la operación del compromiso statuquoista básico. Hasta el momento actual, sin embargo, su alto grado de fragmentación en grupos y categorías diferentes, su falta de agregación y articulación en organizaciones y coaliciones dotadas de estrategia concreta y de tácticas operativas, han impedido que sus componentes se suelden en un cuerpo político capaz de influir decisivamente en la orientación, el contenido y los resultados de los procesos socioeconómicos y sociopolíticos fundamentales. Su capacidad de influencia y participación se ve adicionalmente reducida por la restricción múltiple y el escamoteo legal de los derechos políticos y por la amplia gama de formas de represión.

Los miembros de los grupos mayoritarios no se sienten así responsables del funcionamiento y del futuro de la sociedad, ni de su propio destino. Se produce una situación de impotencia y frustración, manifestada en actitudes de solicitud y dependencia pasiva respecto a los que tienen poder para otorgar beneficios particulares o grupales, y/o agresividad desplazada hacia falsos responsables o enemigos míticos.

La irrupción de las masas populares es canalizada por el Estado, sobre todo a través de las expe-

riencias populistas, bonapartistas, desarrollistas, tanto civiles como militares; y a través de un aparato sindical burocratizado. Se logra así en considerable medida dar respuesta a cierto número de demandas de asistencia, protección e integración de las masas urbanas y subsidiariamente de las campesinas, y al mismo tiempo combinar el logro parcial de aquellos fines con la manipulación y la canalización para fines políticos, y con la represión de grupos recalcitrantes y movimientos de desborde.

El nuevo sindicalismo burocrático de masas, surgido por la promoción y la autorización y bajo el control del Estado, en parte expresa y en parte refuerza, en las bases y en los dirigentes, una actitud restrictiva y autodefensiva, de mero conservadurismo sectorial y legalizado, sin pretensión efectiva de operar como liderazgo dinámico y renovador en función de los intereses de la clase, de las masas y de la nación. Carece de independencia, de ideología y cultura propias, de combatividad, de democracia interna, de capacidad para influir y modificar la estructura y la dinámica de la economía de la sociedad y de la política (desde el mercado de trabajo hasta la redistribución del poder y del ingreso). Tampoco ha sido capaz hasta el momento, salvo manifestaciones esporádicas y minoritarias, de formular, asumir y proponer a las mayorías nacionales un proyecto histórico propio que sirva de modelo alternativo de desarrollo y de sociedad deseable.

Desde el ángulo de las masas populares, tampoco han encontrado todavía los científicos sociales un público que opere como destinatario y es-

tímulo, fuente de demandas y apoyos, y de aliados articulables en estrategias y tácticas comunes.

La resultante general es un bajo nivel de la conciencia colectiva y del debate y consenso públicos sobre los problemas sociales básicos. Los científicos sociales no han podido por consiguiente obtener, mantener ni expandir un grado considerable de reconocimiento y valoración por parte de las clases, grupos e instituciones fundamentales. La necesidad de su existencia, su funcionalidad y su utilidad no resultan evidentes para el gran público ni para ningún sector significativo e influyente. La conveniencia que la vida social se vuelva objeto legítimo de investigación científica no aparece con razones impositivamente evidentes. Es negada por los grupos hegemónicos y clases dominantes, y aún no llega a ser plenamente comprendida y asumida por las clases medias y populares. El conjunto de la vida social no ha sido penetrado por la ciencia ni por la mentalidad científica. Las ciencias sociales no pueden convertirse en práctica colectiva con función social utilitariamente justificada. Ello, y las condiciones y exigencias internas de su práctica que en gran medida derivan de la situación contextual, no permiten por lo tanto que los científicos sociales se constituyan como capa intelectual orgánica, capaz de desarrollar, difundir y usar el progreso científico alcanzable, desde la investigación teórica hasta la aplicación concreta. Los científicos sociales no se ven forzados ni autorizados a adoptar una perspectiva práctica, ni a darse los medios intelectuales y materiales idóneos para su propio progreso.

Por el contrario, su imagen y actividad aparecen en la mejor hipótesis como esotéricas e irrelevantes, y de modo peor y más frecuente revestidas de una aureola inquietante y hasta subversiva. Se constituyen así como enclaves tolerados en instituciones públicas y privadas, carentes de base sólida, de poder efectivo y de status reconocido, en posición precaria y siempre amenazada. El terrorismo ideológico y práctico de las derechas, la discriminación y la represión física, constituyen una posibilidad permanentemente actualizable.

Se genera así en los planificadores un sentimiento difuso, compuesto de inseguridad, discontinuidad, desarraigo, aislamiento, inoperancia e irrelevancia. Ello, a su vez, retroactúa como nuevo factor disgregante de los científicos sociales como grupo; refuerza la competencia por las oportunidades y los recursos insuficientes; multiplica y hace estrechar los agrupamientos rivales y las estrategias y tácticas conflictivas.

Divididos entre sí, aislados de las fuerzas sociopolíticas y cultural-ideológicas más significativas, privados de acceso y de influencia respecto a los resortes y mecanismos de poder y decisión, los científicos sociales están crecientemente afectados por la impotencia, la frustración y la esterilidad, y amenazados por una perspectiva de extinción profesional. Antes de considerar la posibilidad de una vía alternativa de superación, en primer lugar es pertinente considerar los aspectos institucionales, y en segundo lugar algunos tipos actuales de reacción frente a la crisis.

IV. LOS ASPECTOS INSTITUCIONALES

SUBESTIMADOS como secundarios o irrelevantes, o privilegiados como primordiales y decisivos, los *aspectos institucionales* de la crisis de las ciencias sociales deben ser rescatados en su especificidad y en sus relaciones con el contexto social, en su diversidad de niveles y aspectos, en su existencia ambigua y conflictiva.

Toda sociedad se organiza en y a través de instituciones, concebibles como modelos de relaciones humanas, de distribución y ejercicio de funciones, roles y status, sobre las que se calcan, estructuran y formalizan las actividades y relaciones concretas de grupos e individuos, mediante su formulación y consagración por la autoridad estatal que les confiere así cohesión, estabilidad, permanencia, inserción en órdenes más generales, reconocimiento y valorización por otros grupos e individuos. Las instituciones son parte cristalizada de un continuo más extenso.

Por una parte —como señala Henri Lefevre—, toda institución, en su aspecto creativo, se relaciona con las actividades de una clase o grupo social y con sus resultados. Los grupos y sus actividades requieren y se dan una organización racional, ligada con aquéllos, sus producciones y sus obras. Por otra parte, las actividades y organizaciones se

dan como institución, forma de un contenido y como tal indispensable a éste. La institución comienza por ser una forma derivada, secundaria, sobreimpuesta a las actividades originarias, sus producciones y sus obras. La forma, sin embargo, tiende a tomar una existencia autónoma. Se convierte en una abstracción reificada y reificante. Se elabora por separado, se autovaloriza y sobrestima. Adquiere un carácter sobredeterminante, coactivo y parasitario, que gravita como peso muerto sobre las actividades y contenidos que le dieron origen y base. La actividad racional organizada como contenido, y la institución constituida como su forma, están en una relación de unidad y conflicto, tienden a disociarse y oponerse, a que el primero sea constreñido, deformado o ahogado por la segunda.

Como toda institución, las instituciones de producción y difusión del conocimiento están ligadas a una división técnica del trabajo, a la que se agrega la división social del trabajo que la sobredetermina. Las actividades y procesos del conocimiento, bajo el condicionamiento de ambas divisiones del trabajo, cristalizan y se congelan en instituciones universitarias y académicas de diverso tipo. Éstas se presentan así a la vez como estructuras y como funciones sociales, a considerar en sí mismas, dentro de la jerarquía total de instituciones, y en interacción con los restantes aspectos y niveles de la sociedad global. Son subconjuntos o subsistemas abiertos y con una historia propia que es a la vez parte de la historia general.

Los aspectos institucionales serán especialmente considerados en relación a la Universidad, a los

entes académicos privados, al Estado, a los organismos internacionales, a las universidades y fundaciones extranjeras.

1. LA UNIVERSIDAD

Las condiciones de desarrollo, de institucionalización y de aplicación de las ciencias sociales están influidas por una situación contradictoria. La sociedad y la universidad tradicionales se mantienen en lo esencial, y al mismo tiempo se ven afectadas por una crisis multifacética y profunda.

Por una parte, la sociedad y la universidad son esencialmente indiferentes, desfavorables u hostiles a la práctica de ciencias sociales orientadas hacia el conocimiento crítico de la realidad, la invención y la innovación. A la resistencia de las clases dominantes, de la sociedad oficial y del Estado contra todo lo que implique cambios profundos o pueda estimularlos, se agrega la persistencia en la Universidad de funciones, estructuras y pautas tradicionales de cultura, ideología, ciencia y técnica, y de los caracteres y efectos que de aquélla derivan.

La Universidad sigue siendo básicamente el lugar de selección y formación restringidas de élites intelectuales y profesionales que integran la capa orgánica, y el centro de elaboración, de formalización y difusión de los modelos cultural-ideológicos y científico-técnicos que requieren los grupos hegemónicos, las clases dominantes, la sociedad vigente y el tipo de desarrollo adoptado. Se privilegian así las disciplinas y carreras que responden a necesi-

dades inmediatas de la sociedad y del modelo, de tipo pragmático o de ornato, y en todo caso abastecidas sobre todo por la importación de conocimientos desde los centros desarrollados. La enseñanza predomina sobre la investigación, y ambas se ven signadas por la estrechez de miras, la falta de creatividad, la desconexión con la realidad, la incapacidad para explorar sus aspectos centrales y para formular y aplicar alternativas transformadoras, el desarraigo y la irrelevancia.

Un sistema concebido para seleccionar y formar pequeñas élites y para producir y distribuir un saber tradicional fundamentalmente importado tiene su correlato en una organización y en una estructura de poder. El gobierno formal de la Universidad está a cargo de una oligarquía de profesores reclutados y promovidos sobre todo por cooptación, dotada en teoría de autonomía y de poderes considerables. En realidad, el Estado interviene y decide directa e indirectamente, a través de la asignación del presupuesto, del control político-administrativo, del reglamentarismo de los grados y de sus modos de obtención. Los poderes públicos aseguran la subsistencia de la Universidad y regulan los modos de funcionamiento. La estructura de poder opera como factor de rigidez y esclerosis. El conservadorismo de la oligarquía profesoral converge con la incuria y el reaccionarismo de los gobiernos, para determinar una incapacidad intrínseca de la Universidad para la adaptación al cambio y para la innovación deliberadamente buscada. Por otra parte, la Universidad no ha podido

permanecer inmune a la crisis general de la sociedad, ni impedir que la misma tenga su correlato en su propia crisis interna. Como lugar de formación de las élites y capas intelectuales, y de producción y distribución de cultura, ideología, ciencia y técnica, se convierte en reflejo y foco de las contradicciones, antagonismos y conflictos de la sociedad, que anticipa, reproduce y amplifica. La crisis universitaria combina elementos funcionales, institucionales y sociales, entrelazados e interactuantes. Las aspiraciones a la promoción social mediante la educación; las nuevas demandas de la sociedad respecto de conocimientos y técnicas que se requieren para su mantenimiento, su reforma o su transformación; los cambios en las capas intelectuales: todo contribuye a modificar el contexto social, los fines y los modos de organización y de funcionamiento de la Universidad. La explosión de demandas cuantitativas y cualitativas hace estallar su sistema tradicional.

Ante todo, el aflujo masivo de estudiantes no es absorbible por un sistema constituido para pequeñas élites, que se ve desbordado y sumergido. Al aspecto cuantitativo se agrega el hecho de que se trata de una masa estudiantil que dista mucho de ser inerte y fácilmente manipulable. Por el contrario, tiende a un estado de rebelión, en parte por proceder muchos de sus sectores de capas subordinadas, oprimidas y explotadas; en parte como expresión de nuevas contradicciones en la selección de élites y en la creación, difusión y confrontación de modelos políticos e ideologías que los justifican. Una parte considerable del estudiantado rechaza

por principio toda forma o imagen de jerarquía, de manipulación y de dominación, como parte de un reflejo anti-autoritario universalizado. A ello se agrega el hecho de que la autoridad jerárquica ha dejado de estar legitimada por el monopolio del saber. Esta autoridad se ha esclerosado por su propia naturaleza y por su situación, en tanto que la rapidez del cambio socio-económico y político y de la revolución científica la desactualiza irremisiblemente. La autoridad profesoral aparece además como enemiga de las actitudes de búsqueda, crítica, descubrimiento e innovación. Al poder sin saber de la oligarquía profesoral se va contraponiendo el saber sin poder del ala avanzada de los jóvenes docentes e investigadores, e incluso de los estudiantes más brillantes, y el cuestionamiento común de ambos sectores respecto de la distribución y del uso del poder en la Universidad. La crisis social y la institucional se entrelazan y realimentan. La Universidad en su conjunto se revela crecientemente incapaz de satisfacer demandas diferentes e incluso divergentes: de conocimiento crítico y modelos alternativos para los grupos cuestionadores o radicalizados; de formación de profesionales para la sociedad en modernización; de legitimación a través de una cultura y de una ideología actualizadas para los tenedores y usufructuarios de los resortes y mecanismos de la dominación y de la explotación.

A partir de los grupos, constelaciones de intereses y enfoques más distintos e incluso contrapuestos, se generaliza al exigencia de modificaciones en las formas, los métodos y los contenidos de la enseñanza y de la investigación. Un nuevo elemento

de crisis es agregado por el hecho de que las fuerzas, estructuras y pautas culturales, ideológicas, organizativas y operacionales que la Universidad heredó y mantiene, y que le habían hecho ir perdiendo la iniciativa intelectual, impiden su readaptación rápida y efectiva. Así, por ejemplo, la inundación de demandas cuantitativas y cualitativas determina el agobio de trabajo, el desgaste de las estructuras y mecanismos, la baja del rendimiento, en las facultades, escuelas e institutos, a las que afecta severamente la combinación de sobrepoblación y subadministración. Pese a ello, el temor a la reestructuración, a la descentralización, a la pérdida del control, mantiene y agrava las condiciones de agobio y déficit y por consiguiente la crisis de adaptación. De modo similar, se mantienen las estructuras y divisiones rígidas que consagran el monopolio del saber y su reparto inmutable en compartimientos estancos.

La Universidad en su conjunto pierde así permanentemente capacidad de iniciativa, de dirección y de productividad cultural, ideológica y científica. La insuficiencia teórica converge con la impotencia práctica en la privación de aptitudes para el análisis de la realidad, el diagnóstico de la crisis, la respuesta progresista a nuevas y crecientes exigencias, contradicciones y conflictos. Se ve bloqueada en sus funciones específicas, tanto intelectuales como sociopolíticas, y pierde así de modo creciente sus raíces y sus puntos de anclaje en la realidad. Amenazada por el mundo externo y por los conflictos internos, sin capacidad ni fuerza para adaptarse al primero y para resolver posi-

tivamente los segundos, tiende a cerrarse sobre sí misma. Pierde de vista la finalidad que tuvo sin reemplazarla por otra. No se da otro objetivo que la mera perduración, la auto-reproducción de sí misma y de sus élites dirigentes, a través de la cerrada defensa corporativa de actividades y estructuras superadas, en un combate de retirada tendiente a retardar al máximo posible el momento de la reforma o de la autotransformación. Se convierte en un organismo burocratizado sin mecanismos autocorrectores, capaz de evolucionar sólo a través de convulsiones y rupturas.

Los tipos, niveles y aspectos de la crisis se entrelazan, convirtiendo a la Universidad en sistema disgregado y ambiguo, inapto para mantener las pautas del tradicionalismo conservador y para admitir la imposición de reformas futuristas. Debe tolerar el desorden institucionalizado y el espectro de una anarquía actualizable en cualquier momento; o bien negar la esencia que pretende, recurriendo a la represión interna y externa que esteriliza la enseñanza y la investigación al tiempo que reproduce y amplifica los conflictos y las rebeliones.

En este contexto intrínsecamente limitativo de una Universidad en crisis crónica, las ciencias sociales se han ido introduciendo e institucionalizando de manera tardía y precaria. Ya desde el punto de vista más general, la presión de los grupos hegemónicos, de las clases dominantes y del Estado sobre la Universidad impone limitaciones y tabúes respecto de las instituciones de ciencias sociales, sobre su personal, sus orientaciones y sus actividades. Se estimula la prudencia esterilizante y la au-

to-censura preventiva. Ello se manifiesta y opera a través del apoyo a las viejas direcciones universitarias; de la imposición de elementos adictos (reaccionarios abiertos o asépticos); del hostigamiento, del retaco y de la distribución inequitativa de recursos escasos; de la interferencia sobre la ayuda externa. El conflicto latente desemboca periódicamente en represión abierta, depuración o destrucción de facultades, escuelas e institutos.

En muchos casos las ciencias sociales carecen de base institucional independiente; se introducen y mantienen en otras carreras y facultades, como cenicientas aisladas y subestimadas. En otros casos, se ha llegado a crear facultades, escuelas e institutos con dedicación específica a la docencia e investigación en ciencias sociales, si bien generalmente en número reducido, como enclaves que no modifican el marco institucional general, las estructuras y las orientaciones de la Universidad en su conjunto. Aún en las situaciones más favorables, los grupos e instituciones de ciencias sociales carecen de representación o de peso suficientes en las políticas y decisiones generales de la Universidad, y deben someterse en mayor o menor grado a los grupos y organismos tradicionales. Su localización, sus posibilidades, sus orientaciones y funciones se tornan necesariamente ambiguas. Divergen con las de las instituciones y órganos tradicionales, y tratan de expandirse e innovar, pero se ven al mismo tiempo forzados a los compromisos, las autolimitaciones y la autocensura. Víctimas de la discriminación gubernamental y universitaria en la asignación de recursos de por sí escasos, no gozan de un financia-

miento suficiente para la obtención en grado adecuado de personal, infraestructura, equipos e información. El déficit se manifiesta en la docencia pero sobre todo en la investigación. La plétora del personal formado en ciencias sociales es acompañada por la subutilización, y por la inestabilidad y la mala utilización del que se halla ocupado (poca generalización de la dedicación exclusiva; insuficiencia de recursos para las investigaciones; variedad de formas persecutorias, inseguridad). La discontinuidad en los planes y proyectos de docencia y de investigación contribuye más aún a la baja del nivel de rendimiento.

Las posibilidades de autonomía y de eficacia de los científicos sociales se ven aún más reducidas por otra circunstancia. La escasez de recursos y oportunidades, la inseguridad, la multiplicación de tensiones y conflictos dentro y fuera de la Universidad, agravan la lucha por la conservación de lo poco que se puede lograr y mantener, dividen más aún a los científicos sociales, individualmente y por grupos, según diferencias de calificación, orientación, afiliación política y pertenencia generacional. Se genera y mantiene así una puja permanente por el control, la defensa y la expansión de posiciones institucionales; la aplicación de criterios particularistas y mecanismos de cooptación; la creación de micro-feudos y micro-mandaratos.

La irrupción masiva del estudiantado en la Universidad y el desplazamiento de una parte considerable del mismo hacia las ciencias sociales, agrega otro elemento más a la crisis de éstas, que se proyecta en varias direcciones. Se ha señalado ya

cómo este fenómeno vuelve cada vez más insuficientes los recursos disponibles para la enseñanza y la investigación y agrava el recargo de tareas docentes y administrativas que reduce aún más el rendimiento. Cabe agregar que asimismo refuerza considerablemente el proceso de politización de la universidad y, a través de ello, la gama de conflictos ya existentes entre sus diversos componentes y entre las tendencias contrapuestas. Este último aspecto merece alguna consideración adicional.

Por un lado, la politización de una parte considerable de los estudiantes, así como de ciertos grupos de docentes e investigadores, en el área de las ciencias sociales, constituye un hecho novedoso y positivo, cuyo impacto múltiple (v. gr. en los problemas de la hegemonía y de la formación de las élites y contra-élites políticas y cultural-ideológicas) no ha tenido aún toda la exploración y evaluación que merece. Esta politización, por otra parte, presenta aspectos contradictorios y ambiguos a tener en cuenta. En muchos casos, por ejemplo, la radicalización asume un carácter esencialmente retórico y ritual, y se combina con una acentuada preocupación de numerosos estudiantes, docentes e investigadores por la carrera ascendente dentro del Establecimiento. Se presenta incluso frecuentemente como una especie de fase transicional en la trayectoria vital, profesional y política de los interesados, a la vez que como mecanismo compensatorio que permite declamar dentro de la Universidad la revolución que no se quiere o no se puede hacer en áreas más definitivas y riesgosas de la realidad social. Proyecta irracionalmente hacia los organismos

y las actividades de la Universidad una combatividad y una destructividad que parecería más legítimo y eficaz ejercer respecto de los actores, las fuerzas y las estructuras responsables del sistema de dominación y explotación. Puede coexistir así largo tiempo y de manera no demasiado conflictiva con las premisas fundamentales de la sociedad oficial.

La presión estudiantil produce reflejos diversos en los docentes e investigadores de ciencias sociales. Algunos recusan frontalmente la intervención politizada del estudiantado en el proceso universitario, y pueden llegar incluso a integrar un frente único a tal efecto con elementos reaccionarios. Otros acentúan, en la medida de lo posible, el carácter neutral y abstracto de su trabajo. Otros, finalmente, elevan la temperatura político-ideológica de su docencia y de su producción, por temor a ser superados y descalificados por los estudiantes y colegas de mayor radicalización. La multiplicación de tendencias extremas en la universidad, y la falta de criterios mínimamente objetivos de evaluación, vuelven con frecuencia kafkianos los intentos de reajuste.

De modo más general aún, la reacción de los científicos sociales ante las situaciones universitarias analizadas puede traducirse en el abandono definitivo de su actividad y la transferencia a campos más sosegados y lucrativos; en la intensificación de la neutralidad y el conformismo; en el desplazamiento hacia otras universidades latinoamericanas, los organismos internacionales o los centros académicos de algunos países desarrollados.

2. LOS INSTITUTOS PRIVADOS

Como subproducto de la crisis analizada ha surgido la alternativa de los *institutos independientes* de la Universidad oficial y del Estado, patrocinados por sectores privados (empresariales, confesionales) y por universidades y fundaciones extranjeras. En los países en que emergieron, han permitido la integración y el mantenimiento de equipos profesionales; la preservación de la autonomía y la libertad científicas e incluso de cierto pluralismo; un grado mayor de coordinación, racionalización y expeditividad del trabajo. Por otra parte parecerían surgir algunas posibilidades inquietantes. Su difusión puede contribuir a la dispersión de esfuerzos y recursos. Pueden crear condiciones favorables para el desarrollo de orientaciones particularistas, de la sectarización científica y político-ideológica y del mandarinato. La necesidad de supervivencia institucional y de recursos financieros y mercados de trabajo crean la tentación de colaborar con cierto tipo de gobierno, de empresas y de instituciones que ejercen presiones nocivas sobre su autonomía. Necesidades similares agravan la dependencia externa hacia organismos de países desarrollados. La demanda de proyectos por instituciones patrocinantes, nacionales o extranjeras, debilitan los prerrequisitos de orientación sistemática y de continuidad en la estrategia científica.

3. EL ESTADO

Una tercera alternativa institucional es proporcionada a los científicos sociales por el Estado, a la naturaleza y modalidades generales de cuyo comportamiento se ha hecho ya referencia. La mejor oportunidad al respecto es proporcionada por los regímenes populistas, bonapartistas y desarrollistas, y más recientemente por los regímenes socializantes (revolucionarios o reformistas). Cabe observar al respecto que, excepción hecha de Cuba, la perduración de tales regímenes con características innovadoras y transformadoras ha sido hasta la fecha hartamente limitada (la experiencia chilena es aún demasiado breve para permitir una evaluación rigurosa). La regla general ha sido y tiende a ser el gobierno tradicionalista o reaccionario, de viejo o nuevo tipo. En cualquiera de las posibilidades conocidas, el científico social suele carecer de base social sólida, de poder efectivo y de status reconocido. Los gobernantes y funcionarios desconfían del científico social. No pueden o no quieren imaginar cuáles podrían ser sus formas de trabajo científico o de aporte técnico que resulten susceptibles de aplicación pragmática para el Estado y sus estrategias, tácticas, planes y proyectos. En resumidas cuentas, la mayoría de los gobiernos suelen utilizar a los científicos sociales de diferentes maneras. Los pueden utilizar como ideólogos del equipo de turno en el poder, para que, bajo el manto del rigor científico y de la eficacia técnica, se limiten a racionalizar y legitimar las decisiones que las élites

de poder elaboran y aplican sin tomarlos en cuenta, y afectando de este modo la integridad y la productividad de los investigadores implicados. En otras variantes, los científicos sociales son reducidos a funciones burocráticas que malgastan su talento y su entrenamiento. Finalmente, pueden ser ocupados en tareas simbólicas, teóricas o sectoriales, sin aplicación práctica o sin proyecciones transformadoras. La relación Estado-científicos sociales volverá a ser considerada más adelante al hacerse referencia al fenómeno del tecnoburocratismo.

4. LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES

Pese al papel positivo que antes se les reconoció, los organismos internacionales no han podido ni pueden suplir totalmente el déficit cuantitativo y cualitativo de los esfuerzos nacionales. La coordinación entre ambos niveles ha sido y sigue siendo deficiente. El ejercicio prolongado de la función internacional puede producir en los científicos sociales un desarraigo geográfico y funcional que debilita la percepción, la pasión y la creatividad. La presión de los gobiernos latinoamericanos y, a través de muchos de ellos, de grupos de interés y de poder, nunca ha desaparecido y, en la actualidad, debido a las tendencias generales del proceso latinoamericano e internacional, parece intensificarse. Ello ha supuesto, por una parte, la necesidad que los organismos internacionales satisfagan requerimientos específicos de los gobiernos, postergando objetivos de investigación básica a largo plazo por

exigencias más pragmáticas, limitadas y de corto plazo en términos de asistencia técnica. Por otra parte, las presiones de gobiernos conservadores o agresivamente reaccionarios, han creado la necesidad de producir materiales aceptables y, por lo tanto, de omitir temas irritativos, de usar un estilo depurado hasta el más alto grado de abstracción y asepsia, de efectuar adaptaciones y supresiones, de recurrir a la censura y a la auto-censura. Finalmente, también al nivel de los organismos internacionales y de los institutos de investigación en que aquéllos tienen algún tipo de influencia, aparecen rasgos y efectos negativos que se ha mencionado al nivel de los centros nacionales: constitución de grupos y constelaciones de intereses; creación de sectas, feudos y mandarinatos; utilización de criterios y métodos particularistas de reclutamiento y evaluación, y de prácticas de favoritismo, cooptación, apoyos mutuos, y, simétricamente, competencia discriminatoria.

5. UNIVERSIDADES Y FUNDACIONES EXTRANJERAS

Las relaciones institucionales entre centros e investigadores de América Latina y universidades y fundaciones de los países desarrollados (especialmente de los Estados Unidos y en menor medida de Europa) han tenido aspectos positivos, como apertura y enriquecimiento de posibilidades científicas de diverso tipo, pero también aspectos negativos que es imposible ignorar. Los centros metropolitanos, salvo algunas excepciones, han tendido a

establecer sistemas inadecuados o peligrosos de cooperación. La simetría básica en la relación redujo o suprimió la posibilidad de negociar de igual a igual. Los centros norteamericanos sobre todo, han actuado al parecer con la convicción subyacente según la cual lo bueno para Estados Unidos debe serlo para América Latina, y sólo puede ser bueno para ésta lo que es bueno para los primeros. Al respecto es necesario distinguir dos tipos diferentes de casos.

En un primer tipo de casos, el gobierno de Estados Unidos, diversos grupos de poder económico, político y militar, y los agentes de uno y otros, han promovido o controlado programas y proyectos de asistencia técnica para la formación profesional, la docencia y la investigación, destinados a operar al servicio de sus intereses y objetivos. A tal fin se ocultó el origen, los fines y los mecanismos de las iniciativas, y se utilizaron contratos no públicos con universidades y fundaciones de fachada.

En un segundo tipo de casos, funcionarios e investigadores de universidades y fundaciones, con intenciones subjetivas y objetivos buscados no cuestionables como en el primer caso, desplegaron de todos modos actitudes y procedimientos de suficiencia, paternalismo, manipulación y colonialismo científico y cultural. Han partido de una concepción etnocentrista, que tiende a universalizar las teorías y modelos que se han elaborado en los Estados Unidos, buscando su aplicación en América Latina, con ignorancia de los datos fundamentales, incomprensión de las especificidades, uso de estereotipos, inadecuación de teorías y métodos que se

intentó aplicar. Ello fue acompañado por una abierta subestimación de la capacidad de los científicos latinoamericanos.

Las negociaciones sobre organización o apoyo a centros, programas y proyectos de docencia e investigación han impuesto frecuentemente normas rígidas que, en algunos casos, han reflejado los intereses y metas del sistema metropolitano y de sus grupos dominantes, y en otros casos los prejuicios, las preocupaciones y las orientaciones de sus instituciones académicas y de sus dirigentes e investigadores. Ello se ha manifestado en lo referente a objetivos, temas, teorías y modelos, requerimientos metodológicos y técnicos, formas organizativas. Se ha limitado correlativamente la exploración de otras alternativas más adecuadas a las realidades y exigencias de las sociedades latinoamericanas. Los centros e investigadores latinoamericanos han logrado escasa participación real en las decisiones sobre el diseño y orientación de los trabajos y en el disfrute de los resultados.

La coordinación entre los centros e investigadores de Estados Unidos y las instituciones gubernamentales y académicas de América Latina ha sido débil y defectuosa. En los centros metropolitanos han prevalecido a menudo orientaciones contradictorias y erráticas, sin propósitos claramente definidos y sujetas además a periódicas modificaciones. Los centros e investigadores latinoamericanos han pasado en muchos casos a una situación dependiente de hecho. Estas circunstancias, y el carácter esporádico y temporalmente limitado de la ayuda, no han permitido generar mecanismos externos es-

tables de actividad científica local. La imposición de pautas correspondientes a centros desarrollados y afluentes de los Estados Unidos ha elevado los niveles de exigencia en cuanto a objetivos, organización, técnicas y equipos. Ello, además de no adecuarse a las necesidades y posibilidades reales de la docencia y de la investigación en América Latina, ha contribuido a generar ilusiones sobre la ilimitada disponibilidad de cuantiosos recursos; ha fomentado el aventurerismo, el burocratismo y el despilfarro; ha elevado los costos locales; ha desalentado el proyecto y el logro de metas más realistas y significativas con mayor modestia de medios.

En lo que a muchos científicos sociales latinoamericanos respecta, han existido actitudes dependientes e imitativas, de aceptación acrítica, de identificación incondicional, de mimetización, con respecto a las teorías, los métodos, las técnicas, e incluso las imágenes defectuosas o falsas sobre América Latina que provienen de algunos centros metropolitanos. En muchos científicos sociales de la región, el sentido de minoridad y de minorvalía, la aceptación posiva de una relación vertical "maestro-discípulo", han impedido el pleno desarrollo de las propias aptitudes, las posibilidades de autonomía, la fidelidad a los intereses y exigencias de la especificidad nacional y regional y, en definitiva, la creatividad real. No han faltado incluso las actitudes maquiavélicas, que han intentado combinar la demanda de ayuda a las universidades y fundaciones extranjeras con una retórica de intransigencia nacional-revolucionaria para satisfacción del estudiantado, del profesorado y en general del sector

del público político que critica o rechaza toda forma posible de ayuda o colaboración externa.

Por todas estas razones se ha creado un clima de desconfianza y escepticismo que dificulta la cooperación, y que lleva incluso a una evaluación globalmente indiscriminada, y por lo tanto injusta, de los investigadores y centros académicos de los Estados Unidos, incluso respecto de aquéllos que han asumido en mayor o menor medida posiciones y actitudes de integridad científica, de respeto y de simpatía política hacia los auténticos intereses de los pueblos y de las ciencias sociales de América Latina.

V. REACCIONES ANTE LA CRISIS: ELEMENTOS PARA UNA TIPOLOGÍA

DEL ANÁLISIS efectuado puede deducirse que los factores y efectos institucionales a la vez expresan, contribuyen a perfilar y refuerzan la crisis de las ciencias sociales en América Latina. La percepción de esta crisis en quienes las practican determina, como se ha dicho, una amplia gama de reacciones, susceptibles de tipificación. En lo que sigue se intenta adelantar los elementos para una posible tipología, reducida a tres categorías: neutralismo científico, tecnocratismo, compromiso radicalizado.

I. EL NEUTRALISMO CIENTÍFICO

Amenazados en su seguridad, en su identidad, en su existencia profesional misma, algunos científicos sociales se defienden por un mecanismo de negación de la crisis que sufren, y de evasión a través de la reafirmación de la imagen tradicionalmente convencional de la ciencia y del científico. Ello se perfila como una constelación de ideas, actitudes y conductas, esquematizables del modo siguiente.

La respectiva ciencia social que asume es concebida como sistema independiente y autodeterminado, aislado del resto del universo social, inde-

pendiente de consideraciones socioeconómicas, ideológicas y políticas, separado en principio de las aplicaciones prácticas. El científico es visualizado como miembro de una élite aparte de la sociedad, legítimamente mantenido por ésta, justificado por la naturaleza y los éxitos de su actividad específica, por su calificación y por su especialización.

Se enfatiza el individualismo, las motivaciones de progreso personal y de competitividad por el status, el prestigio y el ingreso. Se reivindica una libertad identificada con la anarquía, y traducida de hecho en el sometimiento a las formas existentes de poder y de organización en la sociedad y en el subsistema científico. Se recela de la organización y de la planificación científicas, que se tienden a reducir al mínimo, para permitir el esfuerzo libre y espontáneo de los científicos individualmente considerados. De allí la tendencia a la auto-segregación; las dificultades para la cooperación y para el trabajo en equipo; la aceptación de barreras entre científicos, entre ciencias, entre instituciones, entre países.

El científico neutral se despreocupa por la falta de control efectivo sobre el uso eventual del propio trabajo y de sus resultados y, en general, sobre las consecuencias sociales y políticas de la ciencia tal como es practicada. La propia responsabilidad ética y social es eludida mediante el recurso al estereotipo tradicional de la ciencia como búsqueda desinteresada de la verdad, indiferente a los efectos que pueda producir. La responsabilidad es transferida hacia los empresarios, los grupos de interés, de presión y de poder, los políticos, el Estado.

El científico neutral resulta así también neutralizado, alejado del poder, sin participación en el sistema de decisiones. Como máximo puede aspirar a una influencia distante e indirecta, proporcionando conocimientos e ideas que las élites dominantes y gobernantes toman en cuenta en sus decisiones como un insumo entre otros, externo a las estructuras y procesos de poder. El drama está en que la calificación y la especialización del científico neutral no sólo no dan poder ni capacidad de decisión, sino que tampoco preservan de los antagonismos, conflictos y vicisitudes, los generales de la sociedad y los que particularmente afectan a las ciencias sociales, a sus instituciones y a sus profesionales. La racionalidad general de una sociedad bloqueada que tiende a cerrarse sobre sí misma y prefiere la conservación y el equilibrio a la expansión con todos los riesgos del cambio, predomina sobre la racionalidad científica. De la falta normal de apoyo a las ciencias sociales y a sus profesionales por parte de las clases dominantes y élites dirigentes, se suele pasar muy rápidamente a la desconfianza, el temor y la represión, incluso contra quienes evidencian la más decidida voluntad de neutralismo y asepsia. La carencia de influencia y de poder no impiden, y en cierto modo contribuyen a suscitar, las condiciones de inestabilidad, subempleo, desocupación, falta de uso o utilización distorsionada de los talentos y de los conocimientos, represión, frustración generalizada.

2. EL TECNOBUROCRATISMO

Esta segunda variante estaría constituida por los investigadores sociales que, reclutados en clases medias con espíritu de ascenso social acelerado y frustrados en esta expectativa por los caminos normalmente abiertos —incluso el de las ciencias sociales “puras”—, buscan los medios y mecanismos aptos para superar barreras y acceder a un status superior y a cierto grado de influjo o de liderazgo políticos.

Parten a tales fines de la pretensión de un monopolio de capacidad y eficacia superiores para incorporar elementos avanzados de las ciencias y técnicas sociales al tratamiento y solución de problemas concretos que se plantean en la economía, la sociedad y la política. El perfil científico-tecnicista es reforzado por una vigorosa afirmación de la neutralidad valorativa y del apoliticismo. La neutralidad valorativa es identificada con el rigor científico y la eficacia técnica, presentada como entidad metafísica, desligada de valores, de sesgos y de compromisos. El pretendido apoliticismo incorpora como supuestos e ingredientes la proclamación de una total independencia respecto de cualquier fuerza o estructura socioeconómica, ideológica y política; la posesión exclusiva de concepciones y soluciones reales y operativas en la medida en que pretenden basarse sólo en la ciencia y en la técnica; la asunción legítima de la representación del interés colectivo, de un arbitraje racional e imparcial por encima de clases, grupos y facciones. A

través del tecnoburócrata, la ciencia y la técnica anularían o reemplazarían los conflictos sociales destructivos, los enfrentamientos ideológicos irrelevantes, los debates políticos anacrónicos.

La posibilidad de ascenso social y de entrada en las élites de poder es buscada mediante la inserción en posiciones institucionales que permitan ofrecer y hacer aceptar y aplicar soluciones científicas y técnicas por parte de los que tienen y de los que mandan, operando como influencia detrás del trono y consejero de los príncipes públicos y privados. Se supone así que la formación y la práctica calificadas como científico social, permiten convertirse en auxiliares (y si es posible en generadores) de las decisiones, ya no basadas en el mero empirismo de los que tendrían el poder sin el saber, sino en las certidumbres apodícticas de la ciencia y de la técnica. Por un natural proceso determinado por una fuerte inclinación pragmática y por las condiciones en que se debe operar, el científico social convertido en tecnoburócrata tiende a ofrecer conocimientos y técnicas, diagnósticos y soluciones, acordes con los intereses e ideologías de las clases y grupos que se toma como marco de referencia, quienes poseen o controlan el Estado y la gran empresa privada (nacional y extranjera). Uno y otra aparecen y se perciben como dos polos de un mismo circuito integrado de actuación profesional y de ascenso social.

Más allá de matices personales y de diferencias circunstanciales los tecnoburócratas parecen coincidir en diagnósticos y soluciones referentes a la proposición de una estrategia de desarrollo tendiente a

implantar, en las condiciones específicas de los países latinoamericanos, una versión del modelo de neocapitalismo occidental; una economía y una sociedad tradicional-industrializante, productivista y eficientista, de consumo y abundancia, con aceptación de las lógicas limitaciones emergentes de un tipo de desarrollo dependiente, desigual y combinados. Economía y sociedad deberían ser a la vez conservadas en lo esencial y modernizadas en algunas áreas y niveles, a través de la acción complementaria y arbitral de un Estado moderadamente intervencionista, superior e indiferente a las fuerzas y relaciones sociales, autoinstituido como centro racionalizador de la sociedad.

A partir de estas premisas se supone que se crearían y se justificarían condiciones generales en virtud de las cuales los tecnoburócratas de las ciencias sociales, en alianza con los provenientes de las ciencias naturales y exactas, irían asumiendo un papel relevante en el sector público y en el sector privado, como núcleo dominante de una nueva capa intelectual orgánica. A ellos competiría el papel de discernimiento y evaluación concreta de problemas y soluciones, y de arbitraje soberano y racional entre las clases y grupos que fracturan el cuerpo social. Zanjarían las demandas contradictorias, transarían las divisiones permitidas y las contradicciones destructivas. Serían los artífices de un proceso de conciliación, integración y consenso crecientes que permitiría la unidad para el normal funcionamiento y el progresivo desarrollo de la sociedad. Esta tipificación no ignora que el tecnoburo-

cratismo —como grupo, como ideología, como estilo de comportamiento— no es un fenómeno monolítico. Presenta variantes, matices, diferencias y contradicciones, que contribuyen a darle su perfil real. Así, por ejemplo, en *primer lugar*, una actitud dominante en los tecnoburócratas está referida a la identificación y al deseo de integración con los grupos ubicados en los niveles superiores de ingreso, prestigio y autoridad; al acatamiento y la idolatría del poder como un bien en sí mismo, y por lo tanto de sus sujetos y agentes, especialmente el Estado. Al mismo tiempo, los tecnoburócratas reivindican un derecho propio al monopolio de la racionalidad, de la representación del interés colectivo, de la capacidad superior para tomar las decisiones necesarias para el desarrollo, y ello a la vez en función de su propia ideología y de la necesidad de imponer y reforzar el propio status técnico-profesional y el eventual rol político.

En segundo lugar, mientras el desarrollo, el cambio y la modernización son proclamadas como valores y objetivos fundamentales de los tecnoburócratas, éstos evidencian en la práctica actitudes de despreocupación, de subvaloración o de descarte de todo lo que implique posibilidades virtuales o efectivas de contestación, resistencia, contradominación y transformación radical y, más en general, de todo lo que resulte in-aceptable para los grupos hegemónicos y clases dominantes.

En tercer lugar, los tecnoburócratas proclaman por una parte su identificación y su voluntad de servicio respecto a las necesidades colectivas y a los intereses populares, y despliegan por la otra acti-

tudes de arrogancia y autoritarismo, de amor al mando y a la coacción. Exhiben un espíritu desfavorable a la participación y al control populares; a la democratización de la economía, de la sociedad y del Estado. No ocultan su simpatía por los regímenes autoritarios, por el paternalismo y la verticalidad.

Los rasgos y efectos indicados tienen una incidencia negativa en la propia actividad de los científicos sociales que asumen un rol tecnoburocrático, y es lógico que así sea. Bajo el manto de la neutralidad y del apoliticismo, las preocupaciones ideológicas y políticas inmediatas son preferidas respecto a las exigencias y los resultados de la investigación científica y de la innovación técnica *stricto sensu*. Así, los modelos de análisis y de soluciones que privilegian el equilibrio, la autorregulación, la cohesión, la coherencia, la estructuración, son adoptados en desmedro y con exclusión de todo lo que implique proceso, contradicción, conflicto, ruptura, salto, transformación. El déficit consiguiente en la producción de conocimientos no es siquiera compensado por éxitos pragmáticos significativos. La pretensión de influencia decisiva se revela ilusoria. Las élites de poder siguen disponiendo de los resortes fundamentales y de las variables estratégicas. Reconocen y formulan los problemas, imponen las opciones, eligen por sí y ante sí entre las soluciones propuestas por los científicos sociales en función tecnoburocrática. Éstos ven casi totalmente restringidas sus posibilidades de enfrentar y resolver problemas y de influir en las tendencias fundamentales. En la hipótesis de las mejores inten-

ciones, los tecnoburócratas deben mantenerse en lucha permanente y agotadora con las fuerzas y los agentes que buscan mantener el sistema o modificarlo sólo en sentido limitado o regresivo. Pese al despilfarro de tiempo, energía y talento, descubren reiteradamente su impotencia para influir, controlar o regir la dirección, el contenido y los resultados de los procesos de decisión. Como en el Olimpo homérico, la frecuentación y el servicio de los dioses nunca proporciona a los mortales el acceso a la condición divina.

3. EL COMPROMISO POLÍTICO RADICALIZADO

El cientificismo y el tecnocratismo que pretenden la pureza y la neutralidad parecerían estar condenados a la incertidumbre, la esterilidad, la irrelevancia o el papel reaccionario. Como alternativa aparece el compromiso político con alguna variante del pensamiento y de la práctica de la izquierda.

Con diversos grados de vigencia, la izquierda ha admitido y legitimado a través de su historia internacional la imagen ideal y posible del científico social comprometido, lealmente identificado con los trabajadores, el pueblo y el progreso histórico, capaz de asumir un papel positivo a niveles y bajo formas diferentes pero interactuantes. Aunque reclutados en sectores no proletarios o populares, y aunque usualmente gocen de niveles, condiciones y estilos de vida y de conciencia diferentes de los de aquéllos, los científicos sociales se ven forzados cada vez más a vender su fuerza de trabajo como

asalariados, y sufren situaciones de subordinación, explotación, opresión; se alienan, se frustran, se vuelven potencialmente incorporables a un proceso de cambio de signo reformista o revolucionario.

La importancia de su rescate por el movimiento obrero y popular para un proceso de cambio radical está dada por las posibilidades que los científicos sociales, los intelectuales en general pueden aportar, en términos de su especialización profesional en la creación, la transmisión y la crítica de cultura, ideología, ciencia y técnica y, por lo tanto, de sus aptitudes para la producción de ideas, conocimientos e instrumentos, y para tareas de dirección, organización y administración. Ello puede y debe ir acompañado por una capacidad para el ejercicio de un racionalismo crítico y relativista, antidogmático y antiautoritario, desmistificador y desalienante. Están así en condiciones de contribuir con orientaciones teóricas y metodológicas para la praxis social, política, cultural, ideológica y científica de clases, grupos e individuos. Son aptos para efectuar el análisis crítico de la vieja sociedad, la revelación y denuncia de sus fundamentos, mecanismos y efectos, en una contestación permanente que ayude a las clases dominadas y explotadas a tomar conciencia de su situación y a movilizarse para la transformación radical de la sociedad. A ello se agrega su posible aporte a la creación de condiciones para la emergencia de una nueva sociedad, no sólo por la crítica, sino también por la invención histórica, por la praxis creadora de utopías y de modelos alternativos del mundo con que se desea reemplazar al actual. Ello incluye finalmente

su necesario papel como críticos de las desviaciones y deformaciones del propio proceso revolucionario y de la nueva sociedad que se intenta construir a partir de aquél y como protagonistas importantes en la creación de una cultura, una ciencia y una técnica nuevas.

Esta imagen en parte ideal pero en gran medida asumida por muchos hombres y mujeres en la historia de la izquierda mundial, debe ser confrontada someramente con la imagen real que emerge en América Latina a partir de las experiencias de compromiso político radicalizado por parte de un número considerable de científicos sociales. Deben distinguirse en principio dos casos: el científico social militante de partido, el científico social francotirador o simpatizante; si bien el primer tipo determina en medida considerable al segundo.

La situación, las actitudes y los comportamientos del *científico social militante de partido* están determinadas por un hecho central: la adopción del modelo político-cultural elaborado en la fase stalinista de la Unión Soviética, y adoptado en mayor o menor grado por los demás países y partidos del mundo socialista, y por partidos, movimientos, grupos y sectas de izquierda de América Latina (incluso los declaradamente anti-stalinistas).

La premisa básica de este modelo supone que el científico social, como todo intelectual, lleva los estigmas de un doble pecado de origen clasista y de función social. No es de origen proletario o popular. Su ocupación, su ingreso, su estilo de vida, sus formas de conciencia y de práctica, lo diferencian y alejan de las clases trabajadoras; lo vuelven egoís-

ta, individualista, remiso a la responsabilidad social y a la organización y disciplina políticas. Tiene además fatalmente a asumir una función y un papel de defensa del orden establecido, de mistificación y represión en las esferas de la cultura, de la ideología y de la ciencia, para el enmascaramiento y la justificación de la opresión y de la explotación de las clases dominadas por las dominantes.

Una minoría de intelectuales y científicos sociales puede tener aptitud teórica y práctica para superar sus lacras de origen y función, captar el movimiento histórico en su conjunto y salvarse individualmente o en pequeños grupos. Para ser recuperados como aliados siempre inseguros de las clases trabajadoras, deben aceptar su dirección sin contaminarlas con los modos y estilos de vida, de conciencia y de conducta. Esta integración no se cumple empero de modo directo y sin mediaciones. *Un* partido se autoerige en expresión única y necesaria de las clases trabajadoras y populares, como vanguardia revolucionaria, y fuera de él se está condenado a la impotencia o a la traición. Solamente a través del partido (generalmente dirigido por intelectuales de algún tipo), se purgan los pecados de origen y se controlan las desviaciones inevitables de los intelectuales y científicos sociales si quedan librados a sus propias fuerzas y limitaciones.

El partido define autoritariamente la ortodoxia, y en función de ella la realidad y la verdad en la teoría y en la práctica. Impone el conformismo, la disciplina mental rígida, el dogmatismo y el escolasticismo, el sometimiento incondicional a una dirección vertical y a un aparato monolítico. Ello

lleva a excluir todo lo que implique búsqueda, crítica, duda, discusión auténtica. La incidencia negativa de esta situación para las ciencias sociales y los militantes de partido que las asumen son perceptibles. Los hechos sociales no son analizados para extraer leyes generales y directrices políticas apropiadas. Se parte de una línea política preestablecida por los dirigentes infalibles, para ilustrarla, justificarla y aplicarla al pie de la letra. Para los dirigentes, y para los científicos que lo aceptan, las ciencias humanas y sociales, sus teorías y sus métodos, sus técnicas y sus resultados, los especialistas que la practican, sufren una condenación apriorística y global, están bajo sospecha, como productos e instrumentos del imperialismo y de la oligarquía. Sabiduría, verdad y eficacia residen necesaria y fatalmente en el partido predestinado a expresar y dirigir a las masas. Las ciencias humanas y sociales son rescatables y ejercibles sólo como servidoras de las instancias superiores de la organización política respectiva, y en la medida que aparezcan como emanación de la ortodoxia que tales instancias fijan.

El marxismo se define originariamente como síntesis y base de la investigación científica sobre la vida del hombre en la sociedad y en la historia. Convertido luego por burocracias partidistas y gobernantes en ideología y lenguaje de decisión, aquél cordón umbilical se rompe. El proyecto político deja de apoyarse en el proyecto científico; se disocia del movimiento intelectual contemporáneo, especialmente en el campo de las ciencias sociales; se vuelve impermeable al desarrollo de los problemas

y al logro de nuevos conocimientos teóricos y empíricos, que son rechazados contra toda evidencia. Ello genera un círculo vicioso que incorpora como rasgos y efectos la carencia de creatividad, la falta de oferta de alternativas teóricas y metodológicas, y de conocimiento fiable y relevante; la insuficiencia y rigidez de los análisis; el desinterés por fenómenos y conflictos nuevos y por alternativas inéditas.

Los científicos militantes pierden autonomía, fertilidad, imaginación, rigor, sentido de su papel específico y hasta de su propia identidad. En la medida en que deben valorarse a sí mismos y a sus actividades según la aprobación o la crítica de sus dirigentes políticos, carecen de elementos para una autoevaluación objetiva, se vuelven inseguros de lo que piensan y hacen. Separados de los dirigentes por la inaccesibilidad o la suficiencia impertertable de éstos, y de los científicos sociales que no pertenecen al partido por la propia rigidez sectaria, se ven obligados a girar en el vacío de una sub-cultura endogámica, y privados de la interacción fertilizante con sus pares. Al no contar más que con el diálogo y la comprensión de sus iguales en el seno del partido, en condiciones que presuponen y exigen el acuerdo unánime y *a priori* sobre lo esencial, esta situación de ghetto se autoalimenta indefinidamente.

A su vez, todo ello confluye en otro orden de consecuencias cuya decisiva importancia no cuesta percibir: el referido a la doble incapacidad para enfrentar a la reacción derechista, y para ejercer algún tipo de influencia masiva.

En efecto, los científicos sociales de la izquierda organizada se revelan incapaces de producir saber científico y técnico en cantidad y calidad suficientes y de usarlo de manera adecuada para contribuir simultáneamente a la crítica del sistema; a la erosión o destrucción de la hegemonía cultural de los dominadores; a la desmistificación y desalienación de los dominados y explotados; a la creación de nuevos valores y de modelos alternativos de sociedad que puedan jugar un papel movilizador de masas.

El científico social de partido enfrenta así una alternativa de hierro: la docilidad hacia un centralismo antidemocrático que en definitiva tampoco resulta demasiado realista y eficaz, al precio de la esterilidad y la irrelevancia; o la recuperación de la autonomía y de la creatividad científica al precio de la exclusión y el aislamiento.

El científico social que se siente o busca sentirse políticamente comprometido, pero mantiene una situación independiente de francotirador, combina las posibilidades positivas de autonomía y de libertad para la crítica y la creación con los inconvenientes que provienen del aislamiento. Ya sea individualmente o en pequeños grupos, queda sometido a un fuego cruzado a cuyo impacto es difícil sustraerse. La derecha y el centro lo sospechan y atacan por su compromiso con una posición de izquierda. La izquierda organizada no tolera su independencia y estigmatiza su indefinición partidista en términos de cobardía, divisionismo, confusionismo y servicio "objetivo" de los intereses enemigos. Los ubicados en tan crítica situación no pueden

menos que sentirse aislados, desarraigados, inoperantes, frustrados, sometidos a múltiples amenazas. Las reacciones pueden ser muy variadas.

Una línea posible de reacción consiste en afirmarse a través de la autoidentificación con una ortodoxia revolucionaria perdida por los otros y renacida en uno mismo. Se recupera y ratifica dogmáticamente la pureza doctrinaria perdida, se hace el peregrinaje a las fuentes, se libra la guerra de las citas, se condena los contradictores como estúpidos, oportunistas o traidores; tarde o temprano se trata de fundar un nuevo grupo o secta.

Una línea alternativa parte del sentimiento de culpa por la falta de integración en una organización, y del deseo compulsivo de lograr aceptación, participación y eficacia, mediante el acercamiento a un partido a grupo que se toma como marco de referencia, en la medida que se lo identifica como expresión necesaria y valiosa de los trabajadores, las masas o el proceso revolucionario.

En cualquier caso, las actitudes y comportamientos del científico social comprometido, pero independiente, pueden aproximarse a las señaladas para el militante de partido. Sus reacciones y definiciones se ven complicadas además por la extrema atomización de la izquierda latinoamericana y por algunas de sus actitudes y conductas tradicionales. Una multiplicidad de partidos, movimientos, grupos y sectas —con sus textos sagrados y sus tradiciones, sus oráculos y sus aparatos—, compiten, se denuncian y excomulgan. Divergen en los lenguajes, los mensajes, las ofertas y las demandas. Parecen a veces no compartir los problemas y los objetivos,

los obstáculos y los enemigos. La obsesión de la pureza doctrinaria va acompañada por el temor a la herejía posible en uno mismo, y por la sospecha permanente del mismo peligro en los demás. Se ve la contaminación y la claudicación en todo el mundo y en todas partes. Una variante izquierdizante del terrorismo ideológico prefija lo que se puede o no se puede pensar y hacer, y evalúa con rigor implacable las conductas y las obras, no tanto por su contenido intrínseco, sino en función del apartamiento respecto a la versión subjetiva de la ortodoxia, de las asociaciones personales que se mantienen, de las instituciones en que se trabaja, de los órganos en que se publica, o de los países que se visita.

Por estos mecanismos y procesos, el científico social comprometido en situación de francotirador se encuentra directa o indirectamente amenazado, en mayor o en menor grado, por las tendencias alienantes y deformantes que se indicó en relación al científico militante de partido.

4. ENTRE EL CONFLICTO Y LA INTEGRACIÓN

La tipificación formulada es necesariamente esquemática, y puede ser útil solamente como medio de aproximación analítica a las formas concretas que asumen las reacciones de los científicos sociales latinoamericanos. En la mayoría de estos, individualmente considerados, cientificismo, tecnocratismo y radicalización suelen presentarse y combinarse con matices y en grado variables. Los elementos de

conflicto se entrelazan además con el operar de factores integradores, en una dialéctica en la cual los segundos quizás tienden en definitiva a prevalecer. Tales factores pueden estar referidos a la similitud de origen social, de formación, de trayectoria, de actitud psicológica y de modos operativos. Se relacionan asimismo con la inserción en los mismos marcos institucionales; el manejo común de teorías, técnicas y métodos; la emergencia de actitudes de apertura y revisión crítica; la mutua fertilización; la relativa convergencia de enfoques; la comunidad de dificultades y amenazas. Todo científico social en América Latina, cualquiera sea su pretensión o su grado efectivo de neutralidad, sufre una situación de incertidumbre, frustración e irrelevancia; es visualizado con desconfianza por los detentadores del poder; vive a la espera de la discriminación y de la represión. En condiciones de obstáculos y peligros compartidos, la integración en términos de una estrategia alternativa para la supervivencia y la creación parece volverse cada vez más necesaria. Resta sugerir de modo tentativo y esquemático cuáles podrían ser sus premisas y lineamientos fundamentales.

VI. BALANCE Y PERSPECTIVAS

SI EL ANÁLISIS efectuado se aproxima a lo que pudiera considerarse un diagnóstico adecuado, es imprescindible y urgente explorar la posibilidad de una estrategia alternativa que ayude a superar la situación de vulnerabilidad y crisis. Lo que sigue son sugerencias sobre algunas premisas y lineamientos a tener en cuenta para la formulación y ejecución de tal estrategia alternativa.

1. Parece indispensable promover un grado creciente de integración operativa de los científicos sociales. Esta proposición no supone una estructuración rígida y monolítica, sobre la base de una ortodoxia aceptada en todos sus detalles. No supone tampoco un compromiso organizado y apriorístico para algún tipo específico de acción ideológica y política. Plantea, en cambio, la necesidad de iniciar e intensificar las formas de diálogo, confrontación y colaboración, sin pretensiones dogmáticas y sectarias, en condiciones de tolerancia, mutuo respeto, reconocimiento de la imprescindible convergencia de enfoques diferentes y de iluminaciones contrapuestas, solidaridad frente a enemigos y amenazas comunes, con reserva del derecho a la decisión política individual. La integración aparece como un proceso a cumplir y un horizonte a alcanzar. No se identifica con un acuerdo incondicionado, a lograr por una imaginaria supresión de las

diferencias. Resulta así indispensable disipar equívocos y precisar conceptos.

2. Un importante equívoco a disipar se manifiesta en las relaciones entre *neutralidad valorativa*, *compromiso sociopolítico* y *objetividad científica*.

Parecería casi innecesario a esta altura del proceso reiterar que la neutralidad valorativa es imposible. El científico social es parte de la realidad que estudia, está implicado en ella, en sus fuerzas, estructuraciones, sistemas valorativos y procesos. Necesariamente opera por medio de teorías, hipótesis, esquemas, métodos, técnicas, análisis y sistematizaciones que en parte elabora y en parte asimila de la tradición recibida y de la sociedad en que está inmerso. Así, se halla incorporada a su labor una cuota ineludible de subjetividad e ideología que incide en la selección y el tratamiento de los temas y de los datos, en el modo de presentación y en las conclusiones y que comporta siempre —implícita o explícitamente— una evaluación y una recomendación. La falta de neutralidad valorativa, si inevitable, no es necesariamente incompatible con la voluntad y la capacidad para la búsqueda y el logro del mayor grado posible de objetividad científica, en la medida en que se tenga conciencia de los supuestos valorativos, se los explicita y mantenga bajo control, y se los confronte rigurosamente con los resultados de la investigación empírica.

Consideraciones similares y aún más significativas, pueden hacerse en relación al compromiso sociopolítico. Todo científico social lo tiene siempre, ya sea que adopte el papel de científico puro, de tecnoburócrata o de simpatizante o militante de

un partido político. Las diferencias se refieren al grado de conciencia del compromiso que se ha contraído, a la franqueza con que es explicitado, y a la naturaleza y modalidades con que se lo asume y ejerce.

El compromiso político de los científicos sociales aparece a la vez como ineludible y necesario. Es *ineludible*, por su inserción en la estructura y dinámica de una sociedad y de una época determinadas; por la propia naturaleza y el contenido de las Ciencias Sociales; por la comunidad de obstáculos que operan, a la vez, contra el desarrollo general de los países latinoamericanos y el de las Ciencias Sociales y sus profesionales. Es *necesario*, porque el compromiso político puede contribuir a intensificar y diversificar las demandas actuales y potenciales de ciencias sociales por parte de la sociedad y de sus grupos fundamentales; a valorizar estas actividades y sus productos; a proporcionar públicos, aliados, apoyos y recursos; a liquidar la imagen de esoterismo e irrelevancia; a limitar o impedir el sabotaje velado o el ataque frontal y destructivo. El compromiso político contribuye además de modo decisivo a la determinación de los valores; las orientaciones teóricas y metodológicas; de la selección de objetivos, prioridades temáticas y modalidades de trabajo; del posible impacto a producir en el ámbito científico y en el de la sociedad general.

Si el compromiso político de los científicos sociales existe siempre y aparece como ineludible y necesario, cabe sin embargo preguntarse: ¿Qué formas de compromiso parecerían preferibles? ¿Cómo

armonizar sus exigencias e implicaciones con las de una actividad científica caracterizada por un rigor y una creatividad que la hagan digna de su nombre y de su naturaleza específica? Sin ánimo de agotar el análisis ni de resolver el problema, algunos criterios generales pueden ser sugeridos para el debate.

3. El compromiso político requiere ante todo la profundización del análisis crítico de las raíces y caracteres de la crisis de las ciencias sociales, y de los tipos de reacción desplegada ante la misma a que antes se hizo referencia. Puede sostenerse por hipótesis que los componentes positivos de la actitud científicista, de la tecnoburocracia y de la referida al compromiso político radicalizado, pueden ser rescatados e integrados en un nuevo tipo de praxis científico-técnico-politizada.

Es imprescindible la inserción en la realidad, en las situaciones vigentes y en los procesos en marcha, para el conocimiento y para la acción; la toma de posición en favor de algunas de las posibilidades coexistentes en las sociedades latinoamericanas para contribuir a realizarlas; la afirmación en lo existente y en lo realizado para criticarlo y superarlo. Esto implica el rechazo del falso realismo, que consagra lo hoy existente y dominante como lo único dado y racional, y concibe el futuro como mera extrapolación de lo actual. Por el contrario, la realidad presente no se comprende sólo por sí misma y por el pasado, sino también por el futuro. Para captar lo real y realizar lo posible, debe incluirse un componente de la aparentemente utópico, que es lo posible de mañana.

Los científicos sociales no pueden prescindir de una actitud permanente de crítica y de contestación del sistema vigente y de sus estructuras, de las fuerzas y situaciones alienantes y opresivas, de las formas de autoritarismo y represión. Deben buscar los modos de contribuir al desbloqueo, a la movilización y a la plena participación de los sujetos y agentes sociales (clases, grupos, individuos) que, a la vez que víctimas del sistema, contienen —actual o potencialmente— virtualidades para el despliegue de una acción descongelante, destructurante y restructurante, y pueden eventualmente articularse y desplegarse en estrategias y tácticas transformadoras. Deben ubicar, evaluar y utilizar las lagunas, los hiatos y los puntos débiles del sistema, como posibilidades de emergencia y afirmación de las fuerzas y tendencias, de las iniciativas e instituciones transformadoras. Se trata de movilizar los recursos de la ciencia, la técnica, la imaginación y la acción política, para su aplicación a todos los niveles y aspectos de la realidad, tendiendo al logro de rigor científico, de contenidos concretos, de operabilidad y de eficacia impactante sobre la sociedad. Sólo la vigencia de un clima de efervescencia social, cultural, ideológica y política puede proporcionar los prerequisites para la supervivencia de las ciencias sociales y los estímulos para todo lo que ellas implican como esfuerzo de crítica, de contestación, de búsqueda de caminos, de invención e innovación, puede así contribuir a cambiar la imagen de las ciencias sociales, para que dejen de presentarse como actividad esotérica por un grupo de iniciados extraños y marginales, y se conviertan

en tarea relevante, significativa, digna de interés, respeto y apoyo.

Esta perspectiva supone y exige el cumplimiento, con espíritu crítico e inventivo, del análisis y del diagnóstico de los problemas fundamentales que afectan a los países de la región; la formulación de soluciones ajustadas a las realidades y condiciones específicas de ámbito en que se quiere operar, con pautas originales, sin imitación ni aplicación mecánica de esquemas importados. Ello debe relacionarse con un esfuerzo tendiente a contribuir a la elaboración y al cumplimiento de una estrategia que exprese y sirva un modelo de desarrollo nacional y latinoamericano, para la concreción de una forma alternativa y superior de sociedad deseable. Los países latinoamericanos necesitan desencadenar y realizar una operación histórica de envergadura gigantesca que asegure simultáneamente el crecimiento económico, la justicia social, la creatividad cultural y científico-técnica, la democratización integral, la libre y plena expansión de la personalidad de sus habitantes, la integración regional, y la independencia internacional. Quizás le sea dado a los países latinoamericanos la oportunidad histórica de crear una *alternativa*, históricamente inédita, de *socialismo humanista* cuyas formas de organización y estilos de vida superen las limitaciones y alienaciones exhibidas por el neo-capitalismo occidental y por el colectivismo burocrático-totalitario de los países del bloque soviético. Esta posibilidad histórica de por sí parece un desafío magnífico y dramático para los científicos sociales de América Latina.

4. La estructuración de los científicos sociales como grupo orgánico y operativo para una praxis científico-política de nuevo tipo, jamás podría darse en el vacío, por un movimiento de los espíritus o por una decisión puramente voluntarista. Requiere el contacto, el estímulo, la convergencia de los representantes y componentes de las clases, grupos e instituciones que estén dotadas —actual o potencialmente— de predisposición para el cambio y de algún grado de poder, y que puedan ser destinatarias interesadas de los conocimientos, ideas y prácticas de los científicos sociales, y por lo tanto capaces de constituirse en público, en fuente de demandas y de apoyos, en aliados articulables en estrategias y tácticas comunes. Ello plantea una opción entre dos alternativas básicas.

Una *primera alternativa* significa la búsqueda de acuerdos en la cumbre con representantes de las clases y grupos que hoy ejercen la dominación y la hegemonía. Esta perspectiva está limitada *ab initio* por el hecho que aquéllos no están interesados en el desarrollo, el cambio, la democratización y la liberación de los países latinoamericanos. Son los responsables y beneficiarios de la situación que los científicos sociales pretenderían criticar y contribuir a superar a través de su praxis científico-política; los enemigos jurados de todo intento de transformación profunda. En la mejor de las hipótesis, tales sectores pueden aceptar a los científicos sociales y a ciertas formas y prácticas de las ciencias sociales, como modo de instrumentar a unos y a otras, a fin de lograr un grado mínimo de racionalización, reajuste y legitimidad para el sistema que

ayude a conservar sus componentes y estructuras centrales. Si se quiere eludir esta alternativa tecnoburocrática, la estrategia de los científicos sociales debe descartar como puntos de referencia y aliados a los grupos superiores, más concentrados y poderosos, de propietarios, empresarios y consorcios monopolistas, estrechamente ligados con el capital extranjero y a sus apéndices socioeconómicos, políticos e ideológicos.

Una *segunda alternativa* tendería al logro de una alianza con las clases y grupos constituyentes de las bases más amplias de la sociedad: trabajadores y masas populares, clases medias subordinadas, de la ciudad y del campo; así como sectores discriminados y oprimidos (la juventud, la mujer, las minorías étnicas). El acercamiento a estos sectores, la agregación y articulación crecientes con los mismos, exigirá a los científicos sociales el esfuerzo de un enfoque nuevo, creativo e impactante, para su actividad y su producción científica, para el tipo de conocimientos, ideas y proyectos históricos que aporten. Si la crisis de las sociedades latinoamericanas y de sus ciencias sociales ha sido creada y se expresa y constituye por fenómenos sociales globales, la superación también exige respuestas sociales globales en todos los aspectos y a todos los niveles relevantes. Deben ser suprimidas las trabas al desarrollo económico, social, cultural y político de los países, de sus grupos fundamentales y de todos sus habitantes. El progreso a lograr podrá ser más o menos rápido, pero debe serlo para todos juntos: individuos, formas de organización y actividad, instituciones, regiones, países del área. La liberación

y el desarrollo deben ser obra de los que deben liberarse y desarrollarse. Sólo la supresión de todos los factores y aspectos del condicionamiento y de la alineación de los habitantes de América Latina permitirá el desbloqueo de los recursos indispensables para el desarrollo, especialmente el inmenso potencial de energía, inteligencia, imaginación, creatividad científico-técnica y organizativa que se requiere para iniciar el salto hacia un gran destino histórico. Para ello debe tenerse en cuenta que la libertad no se aprende ni la capacidad se adquiere sólo por interpósitas personas ni a través de libros y discursos. La percepción y la realización del cambio hacia una nueva sociedad deben comenzar a producirse en todos los niveles de la vida social e individual, por la fijación de objetivos y la adopción de formas democráticas de organización y acción, a través de los cuales se puedan percibir, enraizar y desplegar nuevas modalidades de actitud y conducta, de participación y movilización.

A la vez como punto de partida y como punto de llegada, debe tenderse a la reducción o a la supresión de la primacía del poder estatal en la sociedad y del beneficio y el poder patronales en la empresa; de todo lo que implique autoridad absoluta y relaciones verticales en la empresa, la escuela, las relaciones e instituciones sociales, el gobierno. La autoridad, la dirección y la gestión de unos pocos sobre los muchos deben ser reemplazadas por el auto-gobierno, la auto-dirección y la auto-gestión de los habitantes, productores, consumidores, y ciudadanos en su conjunto; y por lo tanto mediante la conversión de todos ellos, de instrumentos pasivos,

en seres plenamente activos y responsables. Todo habitante y todo ciudadano deben tener derecho a la información, al libre examen y a la participación irrestricta, en lo referente a todas las decisiones que hagan a la definición de las necesidades y finalidades individuales y colectivas, y en todo lo relativo al contenido, la dimensión y el uso de los recursos, actividades y productos. La nueva sociedad a que se aspira debe ser reconstituida, fundada y estructurada a través de un proceso global y complejo de plena participación, de libre diálogo y de libre acuerdo, desde abajo hacia arriba, entre todos los habitantes, en todos los aspectos, funciones y roles de su existencia (productores, consumidores, miembros de la comunidad, ciudadanos); y en todos los niveles y esferas de esa sociedad. A partir de la auto-gestión y del auto-gobierno en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo político, se puede y debe desembocar en a planificación democrática para el diseño y la ejecución de las decisiones y políticas a escala de la sociedad global.

Este marco de referencia, utópico en el más auténtico y realista sentido de la palabra, contribuye a la discusión respecto a los tres últimos problemas que me propongo tocar brevemente en este trabajo: el papel del científico social; la estructura institucional de las ciencias sociales; las relaciones académicas internacionales.

5. La redefinición del papel de los científicos sociales en los procesos de conflicto y cambio, puede desembocar en dos soluciones erróneas y peligrosas: la omnipotencia, la auto-negación. Por una

parte, los científicos sociales pueden desarrollar un sentido exagerado y delirante de su propio papel posible, reivindicar una función de liderazgo necesario respecto a las clases y grupos participantes en el proceso de cambio y de organización de una nueva sociedad, auto-visualizarse como demiurgos de la historia. La producción de conocimientos y de ideas, en sí misma, no hace la historia, ni otorga a quienes los generan, manejan y difunden la dirección de los actores y procesos de la sociedad. Esta actividad se halla por añadidura condicionada por el grado y modo de inserción en la realidad de quienes las practican, que sufren además la influencia y reciben los aportes en estímulos, conocimientos e ideas de los grupos fundamentales de la sociedad.

A la inversa, si el papel de los científicos e ideólogos no es fundamental ni exclusivamente decisivo, tampoco puede ser minimizado ni reducido a un papel secundario. Si la ciencia es inseparable de la práctica sociopolítica, tampoco ésta puede ejercerse con prescindencia de la ciencia. Las ideas y los conocimientos no pueden en principio modificar sino ideas y conocimientos, pero unas y otras están incorporadas a las acciones humanas; intervienen en éstas para darles sentido, como proyecto, como conciencia de su ejecución, como reflexión autocrítica posterior, como reanudación más o menos modificada del proyecto original. El científico social, el intelectual en general, al crear y difundir conocimientos e ideas, dan elementos para la toma de conciencia y la desalienación de los hombres, para su movilización transformadora del mundo. El

compromiso político de los científicos sociales no puede servir de pretexto para la subordinación incondicional a las burocracias y aparatos de partidos y Estados, para la auto-abdicación de su derecho indispensable e inalienable a la libertad de crítica, de investigación, de invención, de innovación, incluso respecto a los movimientos y sociedades en cuya organización y funcionamiento participan.

6. Parecería indispensable que los científicos sociales mantengan e intensifiquen su trabajo a partir de las posibilidades ya existentes, en términos de instituciones, personal, infraestructura física, equipamiento técnico, sistemas de información, fuentes de financiamiento y de trabajo, tendiendo a su mejor utilización, a su coordinación más efectiva, a su perfeccionamiento e incremento. Es imprescindible asumir las limitaciones actuales de recursos, ajustar los programas y proyectos a la disponibilidad de medios accesibles. Ello exige controlar las pretensiones desmesuradas que, en muchos casos, traducen menos las exigencias científicas reales que una voluntad de afianzar el propio prestigio o de proponer objetivos impresionantes para los organismos de financiamiento externo.

Al mismo tiempo, la necesaria actitud de modestia y cautela debe ser acompañada por esfuerzos de apertura, movilización y adecuada instrumentación de coyunturas y posibilidades favorables, que pueden existir potencialmente sin haber sido percibidas o exploradas.

Así, el trabajo en las universidades debe ser preservado y reforzado, en la medida en que subsistan condiciones mínimas de seguridad y dignidad tanto

profesionales como políticas. No debe descartarse la utilidad de los institutos independientes del Estado y de los intereses privados, que operen como focos de actividad científica libre y creadora. Es indispensable combinar el funcionamiento de los centros nacionales con otros de tipo regional. Al mismo tiempo, sin embargo, no debe dejarse de lado ni subestimar la posibilidad de multiplicar nuevos centros de investigación y difusión que sean promovidos y apoyados o que surjan en el seno de instituciones sociales representativas de clases y grupos con interés en el proceso de cambio (sindicatos, cooperativas, etc.). En todos los casos, asimismo, un nuevo enfoque acorde con los lineamientos generales arriba esbozados, debe presidir a los esfuerzos de reorganización de la estructura y de reorientación de la dinámica de los institutos de investigación.

En efecto, en materia de investigación y docencia de las ciencias sociales, y de su extensión a la sociedad, los principios de auto-gestión y de auto-gobierno deben ser tenidos en cuenta, adaptados y aplicados. También aquí la participación ampliada y la autogestión deben contribuir a la formación de hombres conscientes, responsables y calificados. Permite el pleno aprovechamiento del potencial creativo de investigadores, docentes y estudiantes; la reducción de sus conflictos; la apertura de mejores posibilidades de integración, colaboración e interfertilización; la actualización y el desarrollo efectivo de las capacidades fundamentales para la responsabilidad y el auto-gobierno de los hombres y las mujeres como productores, consumidores y ciudadanos; la plena aplicación de los progresos cien-

tíficos y técnicos a la solución de los problemas de la propia actividad y de la sociedad sin la contrapartida de alienación y deshumanización que hasta ahora arrastran. La auto-gestión, en el más amplio y profundo sentido de la palabra, debe servir para preparar científicos, técnicos y ciudadanos capaces de autogobernarse, con capacidad y responsabilidad sociales, y con ayuda de las conquistas de la cultura, la ciencia y la técnica contemporáneas. En cada institución de ciencias sociales podría aplicarse una combinación de democracia directa y de democracia representativa, según los ámbitos y niveles y según el tipo de decisiones de que se trata. Las formas de democracia directa serían utilizadas en los aspectos y niveles más inmediatos y delimitados; la democracia representativa en los más mediatos y amplios. El subsistema de investigación y docencia de ciencias sociales podría ser reconstituido y desarrollado a través de una escala de fuerzas y estructuras autogestionadas y federativas ascendentes desde lo parcial y local hasta lo general y nacional. Cada participante —individuo o grupo— podría desplegar sus capacidades fundamentales para la autonomía, la diversidad, la libre manifestación y la satisfacción de sus necesidades y posibilidades, en la colectividad científica y en la sociedad. Autonomía y responsabilidad social se supondrían y reforzarían mutuamente.

7. La articulación efectiva de los científicos sociales de América Latina como grupo capaz de elaborar y aplicar una concepción y una estrategia que integren las exigencias de la ciencia con las de un compromiso político referido al desarrollo y al

cambio, que sean a la vez principistas, realistas y operativas, permite fortalecer sus posibilidades de poder propio, y su margen de maniobra y de negociación. A partir de ello se puede efectuar un replanteo de las *condiciones y exigencias de cooperación científica* con instituciones internacionales y de países desarrollados, que se diseñe en función de lineamientos como los siguientes:

a) *Multilateralización de la cooperación* cultural, científica y técnica y de las fuentes de financiamiento externo, que lleve a incluir en una amplia gama de posibilidades, no sólo a los Estados Unidos, sino también a Europa Occidental, la Unión Soviética y los demás países socialistas, las naciones del Tercer Mundo, los organismos internacionales. Ello surge de la necesidad de no crear situaciones de dependencia por imposición objetiva de una fuente única, y de diversificar y enriquecer el aporte de corrientes emanadas de los más distintos y contrapuestos orígenes culturales, sociales y políticos. La cooperación externa debe tender a convertirse en fuente subsidiaria, a que se recurra como complemento de las posibilidades prioritarias de financiamiento, creación y docencia existentes o a crear en los respectivos países latinoamericanos y en la región, como mercado común de cultura, ciencia y tecnología.

b) Elaboración de un estatuto de la cooperación, que otorgue a los institutos científicos de América Latina la primacía de los criterios, las decisiones y los controles respecto a las prioridades, los objetivos, los programas y proyectos, las orientaciones científicas, las metodologías y técnicas, el mo-

do de otorgamiento y uso de los recursos, el aprovechamiento de los resultados.

c) Exigencia de un cambio auténtico de actitudes y comportamientos en los científicos e instituciones de los países desarrollados y de los organismos internacionales que busquen o acepten la cooperación con sus equivalentes de América Latina. Se trata de abandonar el etnocentrismo, el paternalismo, las pretensiones —conscientes o inconscientes, implícitas o explícitas— de tipo intervencionista, manipulador y colonialista. Se trata también que las instituciones de los países desarrollados y de los organismos internacionales reexaminen, replanteen y racionalicen los esquemas de diseño de prioridades, pre-requisitos y formas organizativas, que hasta ahora han aplicado, con resultados frecuentemente negativos, en sus relaciones con los investigadores e institutos de América Latina.

Se terminó de imprimir el día 22 de mayo de 1973 en los talleres de Fuentes Impresores, S. A., Centeno 4-B, México 13, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares, más sobrantes para reposición. Cuidó de la edición *Alberto Dallal*.

Nº 1032

JORNADAS

(De reciente publicación)

- Alcázar, M. A., *Las agrupaciones patronales en México*. (Núm. 66.) X + 134 pp.
- Bohrisch, A. y W. König, *La política mexicana, sobre inversiones extranjeras*. (Núm. 62.) 84 pp.
- Cintra, J. T., *La migración japonesa en Brasil (1908-1958)*. (Núm. 70.) VI + 118 pp.
- Frenk Alatorre, M., *Entre folklore y literatura (lirica popular hispánica)*. (Núm. 68.) VI + 106 pp.
- González Navarro, M., *Sociología e historia en México* (Núm. 67.) VI + 90 pp.
- Heller Rouassant, C., *Política de unidad en la izquierda chilena (1956-1970)*. (Núm. 73.) VI + 146 pp.
- Jiménez de Báez, Y., *Lirica cortesana y lirica popular actual*. (Núm. 64.) 100 pp.
- Lope Blanch, J. M., *El léxico indígena en el español de México*. (Núm. 63.) 80 pp.
- Lozoya, J. A., *El ejército mexicano (1911-1965)*. (Núm. 65.) 132 pp.
- Medina Peña, L., *El sistema bipolar en tensión (la crisis de octubre de 1962)*. (Núm. 69.) VI + 118 pp.
- Stern, C., *Las regiones de México y sus niveles de desarrollo socioeconómico*. (Núm. 72.) VI + 164 pp.
- Torres Ramírez, B., *Las relaciones cubano-soviéticas (1959-1968)*. (Núm. 71.) VI + 146 pp.



El sociólogo de nuestros días se encuentra en una encrucijada. La trama política nacional e internacional se impone a la función del investigador en ciencias sociales y lo ubica en una condición servil hacia el sistema y el gobierno establecidos. La investigación en ciencias sociales ha quedado sometida y condicionada a las tácticas políticas y el sociólogo viene a ser un elemento más del aparato burocrático. La situación afecta sensiblemente el desarrollo futuro de esta rama del conocimiento. Se ha desvanecido el concepto de un modelo de sociedad ideal que sirva de directriz para los estudios que se emprendan; cualquier modelo se diluye irremisiblemente en un caos de intereses creados. En esta obra, Marcos Kaplan (Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires), sin pretender cubrir una formulación teórica y una investigación exhaustiva del problema, define algunas cuestiones centrales, plantea hipótesis y contribuye a la discusión y a la posibilidad de que surjan debates a nivel internacional.